



Eusko Jaurlaritzako erakunde autonomiaduna
Organismo Autónomo del Gobierno Vasco

VIOLENCIAS MASCULINAS: LA LEGITIMACIÓN DE LA VIOLENCIA EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD EN LOS HOMBRES

Xabier Odriozola Ezeiza. 2009

ÍNDICE

Introducción	233
1. De dónde venimos los hombres	233
1.1 Dónde vivimos	233
1.2. Roles sexistas principales. Roles “masculinos”	233
1.3. “Roles femeninos”	234
1.4. La suma de roles “masculinos” y “femeninos”	235
1.5. División-separación por sexos. Hegemonía masculina	235
1.6. División por género: supremacía masculina	236
1.7. Diferencia = desigualdad	236
1.8. Falta de espacio suficiente para ser personas fuera de estos roles	237
1.9. Transmisión generacional del sexismo: currículo oculto	238
1.10. Motivos por los que necesitamos liberarnos de estos constructos	238
1.11. El “condicionamiento masculino”	239
1.12. El riesgo de la invisibilización de la opresión	239
2. Largo proceso de socialización preparatorio para la violencia masculina	
Mecanismos deshumanizantes del condicionamiento de los hombres	240
2.1. Modos específicos de deshumanización. Preparación del caldo de cultivo	240
2.1.1. Se nos ha considerado como si fuéramos menos humanos	240
2.1.2. Se nos ve como si fuéramos agresivos y violentos por naturaleza	243
3. Típicos roles que se esperan de los hombres y que refuerzan la idea de la esencia violenta masculina	244
3.1. Se nos induce a actuar “al modo de los hombres”, ya desde los hombres mismos	244
3.2. Los principales roles habituales de los hombres desde la masculinidad tradicional	245
3.2.1 Debemos actuar como si nada nos afectara: “Insensibles + duros = maduros”	245
3.2.2 Se nos educa para que nos sintamos responsables de todo	245
3.2.3 Hombres = Sacrificables	246
3.3. Sexismo y violencia	246
3.3.1. Preparación para la violencia oficial	247
3.3.2. Entrenamiento o socialización sexista masculino: Debemos familiarizarnos con la violencia	247
4. Consecuencias de la violencia masculina en los hombres	249
4.1. Efectos habituales en los hombres	249
4.1.1. Insensibilización, inconsciencia y transmisión	249
4.1.2. Dificultad masculina para la identificación de la violencia: la gestión del amor	250
4.1.3. Efectos habituales en las mujeres	250
5. Alternativas a los modelos masculinos tradicionales.	
Un posible punto de partida: los hombres, por naturaleza, no somos opresores	252

5.1. Algunas soluciones a la vista: deconstrucción de la masculinidad tradicional	
Otras masculinidades posibles	253
5.1.1. La capacidad de sanar los daños infligidos. La gestión de los sentimientos	253
5.1.2. Garantizar información correcta y educación adecuada	
Grupos de hombres y formación	255
6. Algunos posibles posicionamientos fuera de las masculinidades tradicionales: ¿desde la violencia o desde el amor? Solucion de conflictos	258
7. No hemos hecho demasiado hincapié en lo que los hombres tenemos por ganar	260

INTRODUCCIÓN

No podremos acabar de entender el por qué de la tendencia hacia la violencia y su reproducción por parte del colectivo masculino si no analizamos en qué tipo de sociedades vivimos y cómo sus estructuras sociales nos preparan para cierto tipo de fenómenos. Es posible que alguna vez te hayas planteado cuestiones, dudas sobre el hecho de ser hombre, o, tal vez, el tener que serlo. No todo es tan sencillo como nos lo han contado: “¿Los hombres?, ¡Todos iguales!”. Algo hay que nos ha hecho ser como somos...

1. DE DÓNDE VENIMOS LOS HOMBRES

1.1. DÓNDE VIVIMOS

Vivimos en sociedades sexistas. Ya eran sexistas antes de que tú y yo llegáramos a ellas. Los valores sexistas estaban ya -y aún continúan- enraizados en sus entidades, instituciones, organizaciones y estructuras sociales. Fuertemente enraizados y anquilosados a lo largo de muchísimos años. Y también se encontraban -y aún residen- en las mentes de las personas que vivieron -y hoy día viven- en tales sociedades, en sus instituciones y estructuras.

Nacimos en un entorno así, y en él crecimos, nos educaron y nos desarrollamos mucho antes de que nos pudiéramos dar cuenta de a dónde habíamos venido. No es algo personal que tenga que ver contigo, (o) conmigo o con nadie. Es el simple hecho de haber nacido en ellas lo que nos convirtió y convierte en víctimas del sexismo. A ti, si eres mujer, te ha afectado de una manera concreta, diferente a la manera en que me ha afectado a mí, como hombre. A mí -como al resto de mis hermanos los hombres- se nos preparó para oprimir a las mujeres; y a ti, si naciste chica, se te preparó para asumirlo y acatarlo.

Cada sociedad que nos ha acogido, reservaba -y hoy en día sigue guardando de una manera o de otra- unos roles concretos y definidos para los hombres y otros diferentes para las mujeres, por el mero hecho de tener una constitución genital física diferente. No hubo, al principio, ningún otro motivo para que nos adjudicaran dichos papeles. Ni tú ni yo los queríamos, ni los necesitábamos, pero... nos los “implantaron”. Desde entonces ambos - tú y yo- acarreamos el “virus” del sexismo.

1.2. ROLES SEXISTAS PRINCIPALES. ROLES “MASCULINOS”

El principal de los roles asignados a nosotros los hombres ha sido el de oprimir a las mujeres. El rol principal de los asignados a las mujeres ha sido, entre otros, el de aceptar esa opresión e interiorizarla. Y es un rol común a ambos el transmitir esta opresión a las siguientes generaciones. Esto es algo que hacemos a menudo sin darnos cuenta, tanto nosotros los chicos, como las chicas. Es hasta que empezamos a tomar consciencia de esta opresión de sexo-género que no comenzamos a querer rectificar nuestras actitudes y actuar de otra manera que no sea bajo el dictado de los roles sexistas, pues a partir de ese momento nos empezamos a dar cuenta realmente de cuánta desgracia conlleva el actuarlos.

Los demás roles adjudicados a los hombres – tener que ser rígido, serio, vigoroso, valiente, mental, agudo, duro, fuerte, poco o nada sensible, sabelotodo, autoritario, eficiente, el primero, el mejor, activo, decisivo, severo, independiente, siempre dispuesto, apuesto, conquistador, sexualmente activo, competitivo, público, protector, proveedor, productor...- vienen a sujetar el entramado del rol principal de oprimir a las mujeres. Como obvio resultado, no dejan a penas espacio para que otra persona pueda desarrollarse plenamente al lado de estos roles ni dentro de ellos, ya que no tienen que ver mucho con la esencia humana de las personas, que tienden a ser cercanas, cooperativas, solidarias, justas, antes de que las sociedades en las que nos criamos nos condicionen con sus “ismos”: racismo, sexismo, clasismo, “heterismo”, partidismo, religionismo...

Estos roles, como ves, definen una actitud y conducta. Esa actitud la debemos adoptar como demostración de que somos hombres “de verdad”. Nos han educado a sentir y pensar que nuestra hombría está en juego por esto mismo. Si cumplimos estos papeles se nos considera hombres de verdad; sino, el fantasma de la sospecha se cierne sobre nuestras mentes.

Está claro que el ser tal y como indican esas actitudes perjudica a todas las personas que pueden entrar en contacto con nosotros. Son perjudiciales para las mujeres porque se nos empuja, anima y educa a los hombres a llevar a cabo comportamientos inhumanos hacia ellas. Especialmente se nos inculca desde varios frentes que ésta es la manera de tratar a las mujeres, que de alguna manera ellas esperarán (desde pequeñas ya se les estaban entrenando para eso) que nosotros seamos así y que así nos van a escoger entre otros chicos para ser sus amados. Desde luego, no parece la mejor manera de entender el amor; pero entre este amasijo de confusión nos criamos y crecimos.

Y, al mismo tiempo, nos perjudican incluso a nosotros mismos pues nos fuerza a llevar vidas demasiado duras, violentas, exigentes y estresadas -si queremos cumplir con esos roles- y nos obliga, queramos o no, a ser de una manera distinta de lo que realmente somos. Somos seres humanos. Esto no debemos de olvidarlo. Tanto tú como yo, aunque ahora, después de muchos años de condicionamiento y entrenamiento no lo parezcamos plenamente todo el rato, somos personas humanas. Y como seres humanos nuestra humanidad no nos permitiría dañar a nadie si fuéramos capaces de mantenerla intacta. El problema de estos roles es que deterioran directamente dicha humanidad y nos obligan a desplazarla a un lado y funcionar desde unas conductas que no se parecen mucho a lo que debería ser la conducta y trato entre los seres humanos.

1.3. “ROLES FEMENINOS”

El resto de roles sexistas se han adjudicado a las mujeres. Los conocemos bien; pueden variar según la sociedad o la época, pero por lo general: tener que ser sumisas, mostrar poco o nada de poder, ser dependientes, subordinadas, fáciles de conformar, ciudadanas de segunda categoría, débiles, siempre agradables, generosas, sensibles, emocionales, cuidadoras, amorosas, frágiles física y emocionalmente, comprensibles, amables, pacientes, amantes del espacio doméstico y privado, tiernas, intuitivas, abnegadas, humildes, siempre dispuestas a ayudar y a colaborar con las necesidades de los demás hasta colmarlas, sin rechistar y de buena gana; ser la sombra y segundo puesto del hombre, madres y “madrazas”, a poder ser, atractivas y sensuales pero con un no en los labios antes que un sí, deseables, eternamente jóvenes y alegres, amas de casa y fieles...

Son perjudiciales para las mujeres porque les obliga, quieran o no, a ser de una manera concreta y determinada continuamente, sea esa o no la mejor manera de actuar o ser en ese momento, sin que tengan apenas opción a elegir ni decidir qué es lo más adecuado para cada una en cada situación. La posible recompensa de actuar dichos roles también tiene que ver con el hecho de recibir

amor, aprobación... Es un corsé estrecho, cerrado y reducido, muy distinto de lo que las mujeres pueden ser como personas: gente libre, independiente, poderosa, inteligente, decidida, etc.

También nos perjudican a nosotros los hombres, pues no nos permiten desarrollar parte de nuestras facetas humanas que están recogidas en dichos papeles y que sólo quedan en manos de ellas, lo cual acarrea un montón de trabajo y responsabilidades sobre sus espaldas, no reconocidas ni pública ni oficialmente, en donde los hombres no entramos y, por lo tanto, no desarrollamos -estas facetas son el cuidado, atención, cariño y responsabilidad para con el resto de personas alrededor nuestro-.

1.4. LA SUMA DE ROLES “MASCULINOS” Y “FEMENINOS”

El resultado de este conjunto de roles que se nos ha impuesto – tanto a ellas como a nosotros- desde nuestra infancia no nos permite encontrarnos en un escenario de igual a igual, donde el respeto a primera vista, apreciación y amor pueda surgir de una manera natural como vemos que surge entre las personitas jóvenes a las que todavía no se les ha insuflado demasiado esos papeles. Bajo su yugo, nos es imposible tanto a hombres como a mujeres ser, al cien por cien, las personas que somos en realidad y nos impiden mostrar, ver, experimentar... cuán completas y completos somos como personas.

Por lo tanto son perjudiciales para las mujeres y para nosotros, nos limitan, nos angustian, son estrechísimas y rígidas maneras de intentar ser persona, y dolorosas. Desde ellos, no es posible desarrollar relaciones justas, equitativas, ni saludables. Realmente, si preguntáramos a cualquier persona la misma pregunta varias veces, y nos pudiera responder desde lo profundo de su sinceridad no creemos que nadie desearía ser sexista, a pesar de que, a veces, encontremos personas que han sido de tal manera “embutidas” en estos corsés que ellas mismas no pueden imaginarse otra manera de ser o de existir.

1.5. DIVISIÓN-SEPARACIÓN POR SEXOS. HEGEMONÍA MASCULINA

Por resumirlo de una manera simple, la sociedad y sus entidades e instituciones en su conjunto establecieron hace tiempo que, ya que hombres y mujeres tenemos distinto sexo biológico, cada sexo debería tener características específicas con sus correspondientes comportamientos y conductas, elogiando y ensalzando el sexo de los hombres y las características que a él le correspondían y rechazando y minusvalorando el sexo de las mujeres y las correspondientes características que le pertenecerían. Así, el sexo masculino sería el sexo “correcto” y ejemplar y superaría y sometería al sexo femenino, por considerar a este último el sexo “incorrecto”, “débil”. Tanto la ciencia como la religión tuvieron una enorme importancia en la potenciación de esta distinción-separación.

Esas características no son, de ningún modo, las que inherentemente corresponden a cada sexo, sino que han sido construidas y desarrolladas socio-culturalmente. Así, los hombres tendríamos que interiorizar esas características asignadas a nuestro sexo y las mujeres se apropiarían de otras distintas, casualmente antagónicas y/o complementarias.

Estos grupos de características que fueron asignadas a cada sexo se complementan mutuamente, o sea, los hombres no deberíamos desarrollar las características adjudicadas a las mujeres (sensibles, encantadoras, cercanas, tiernas, comprensivas, compasivas, agradables, cuidadoras, dubitativas, amantes del ámbito privado, atractivas, coquetas...) y, por el contrario, las mujeres no deberían desarrollar las características que nos han adjudicado a los hombres (valien-

tes, fuertes, duros, insensibles, decididos, poderosos, temerarios -o que al menos aparentan no tener miedo-, de aspecto seguro, trabajadores incansables en el ámbito público, competitivos, agresivos, activos sexualmente y siempre dispuestos a todo...). El precio de transgredir esta "norma" social ha sido bastante elevado, como ya veremos. Tiene que ver con el rechazo social, la marginación, los ataques personales y colectivos, las críticas destructoras, los castigos físicos, psíquicos, sociales, económicos, religiosos... Una larga lista de consecuencias que muy pocos seres humanos estarían preparados para resistir y poder convivir con ellas.

1.6. DIVISIÓN POR GÉNERO: SUPREMACÍA MASCULINA

Así como se nos ha separado por el sexo y se nos ha dado a entender que sólo dos son los sexos posibles - hombre o mujer- y oficial y científicamente correctos (aunque en esto ya existan controversias: J.A.Nieto "Transexualidad, transgenerismo y cultura. Talara. Madrid.1998), con el género se han tomado caminos similares. Aunque en muchas culturas existen más de dos géneros (Nanada, 2000; Murray y Roscoe, 2001, en Aurelia Martín Casares- en "Antropología del género: Culturas, Mitos y Estereotipos sexuales", 2006) en nuestras sociedades sólo se han admitido, hasta nuestros días, dos géneros (masculino y femenino) y esto ha sido una de las excusas perfectas para su división y enfrentamiento junto con la de la naturalización de las diferencias (Verena Stolcke, "Es el sexo para el género como la raza para la etnicidad?", Librería de mujeres. Zaragoza.)

Esto de naturalizar las diferencias no es más que el intento de hacernos creer que las diferencias que surgen entre las personas -por el hecho de vivir en distintas culturas- son abismales, innatas e insuperables, incluso aquellas diferencias que nos imprimen nuestros roles. Algo así como que se nos adjudican tales roles porque de nacimiento ya somos diferentes en las conductas, por lo que nos corresponderían roles diferentes que se derivarían de dichas conductas innatas. Esto impide, además, que nos fijemos en las similitudes que nos acercan a los seres humanos a muy escasos milímetros de proximidad, pues somos tan parecidos que nos sorprenderíamos de lo familiar que nos podría resultar cualquier persona del planeta en lo básico, si la pudiéramos observar sin las gafas de nuestra cultura y sus condicionamientos.

Por desgracia, se consideraron las diferencias en el sexo biológico como claves para la separación entre las personas a otros grandes niveles. De algún modo, el género impuso una larga y concreta lista de comportamientos y actitudes que debían cumplir todas las personas correspondientes a dicho género en cierta cultura. No es solamente que dependiendo de tu sexo se te inducía a adoptar ciertas actitudes y a rechazar otras, sino que, tanto a nivel social como a nivel cultural, se esperaba de antemano que aceptaras, te responsabilizaras, hicieras tuyas, apoyaras y defendieras las características del género que se te asignó: comportamientos, conductas, actitudes, costumbres, opiniones, tendencias, prejuicios, supersticiones, rituales, estilos, modos de vestir, andar y pensar, reacciones... y todas las etiquetas correspondientes. Y que transmitirías esto a la generación siguiente, en nombre de la "educación correcta". Esto es algo que casi todo el mundo hemos asimilado, creído y ejecutado en algún momento de nuestras vidas de maneras peculiares y a diferentes niveles.

1.7. DIFERENCIA = DESIGUALDAD

La diferencia existente entre los dos sexos es mínima si la comparamos con las características que los dos sexos tienen en común. Estas últimas pueden llegar a ser el 95%-98% (los sentidos, la inteligencia, las capacidades humanas, los valores humanos...), en tanto que las diferencias no llegan a ser el 2%-5% (precisamente, las correspondientes a lo biológico). La diferencia existente

entre dos cosas distintas puede ser un elemento interesante, enriquecedor y atractivo, incluso complementario en ciertas situaciones. En estas sociedades capitalistas en las que vivimos la diferencia desde que somos muy jóvenes se nos presenta como un elemento peligroso, separador en vez de aglutinador, fuente de desconfianza, sospechoso y marginable, mediante una educación basada en el miedo y rechazo a lo distinto o a lo desconocido. Estos miedos que las sociedades y las distintas generaciones arrastran y transmiten a las siguientes son muy antiguos; antaño fueron útiles para la supervivencia, pero, hoy en día, no tienen ningún sentido, ni función.

La sociedad ejerce una fuerza considerable en esa diferencia, e insiste en ella para que veamos lo que nos distingue y no reparemos en todo lo que tenemos en común. Cuanto más divide y clasifica, más fácil le resulta al sistema capitalista enfrentar a los grupos entre sí, obligarlos a oprimirse mutuamente y, en consecuencia, obtener beneficios: para que los de esa otra casa, ese otro grupo, país o continente no te ataquen, cómpranos este invento, este producto protector, esta nueva alarma, este artefacto infalible contra los ladrones, estos otros artilugios contra misiles... o organiza tu fuerza tomando estos cursos o técnicas de defensa, comiendo esto, usando eso otro, o comprando aquello...

1.8. FALTA DE ESPACIO SUFICIENTE PARA SER PERSONAS FUERA DE ESTOS ROLES

Nacimos en esta sociedad y tuvimos que amoldarnos a ella, quisiéramos o no, de manera que nos apropiamos de esos roles tan pronto como llegamos al mundo. Nos los impusieron mediante una educación rígida. No había más opciones. O te adaptabas al género asignado y a todas sus características o serías señalado o señalada, con el sufrimiento y malos tratos que esto acarrea y que antes hemos citado por encima. Tal vez recuerdes algunos de estos comentarios a tu alrededor cuando eras más joven:

a) Si era el chico el que no cumplía la "norma": ¡Vaya mariquita! ¡Tú no eres ni hombre, ni nada! ¡Deberías estar con las chicas! ¡Vete de aquí echando virutas, gallina! ¡Pedazo de homosexual! ¡En la mili te convertirán en un hombre, nenaza! ¡Hasta entonces no vuelvas con nosotros!

b) Si era la chica la que no cumplía: ¡Vaya marimacho! ¡Qué ordinaria y basta! ¡No vales para estar con nosotras, las chicas; no eres nada femenina! ¡Mejor vete con los chicos, con esos brutos! ¡Déjanos en paz! ¡Llámanos cuando hayas aprendido modales!

Aún y todo, es esperanzador ver cómo existieron -y existen- personas que no quisieron aceptar sus roles y que prefirieron mantener su integridad a encajarse apretadamente en esos límites, a pesar de los "castigos" que antes hemos comentado. Luchaban por no ser encajadas en este modelo dual y enfrentado que no considera más posibilidades que las impuestas: "dos sexos, dos géneros y punto" ("Third sex, third gender: beyond sexual dimorphism in culture and history". Margaret Bullen. Gilbert Herat (ed) Zone Books, New York. 1996). No resulta sencillo, pues a veces recibían comentarios de ese tipo de boca de las personas a las que más querían: madres y padres, amistades y compañeras y compañeros de estudios, familiares...

Por tanto era y es una decisión difícil. Aceptar la opresión a cambio de recibir aceptación o amor de tu gente cercana o mantenerte íntegro y ser, por esto, marginado. Es sabido que una persona difícilmente puede crecer sin amor, por tanto, muchos tuvimos que optar por aceptar la opresión. Parece ser que fue mejor el optar por vivir bajo el peso de esta opresión de género que el hecho de crecer sin amor, cercanía, aceptación o aprobación.

Para la mayoría nos resultó una preparación severa, larga y sistemática y hoy en día nos es difícil separar estos roles de nuestro pensamiento y darnos cuenta que los ejecutamos, los ponemos

en marcha, que los actuamos, que los llevamos puestos casi todo el día. Además, las personas que nos inculcaron estos roles (madres-padres, familiares cercanos -abuelas o abuelos, tías o tíos-, profesorado, círculo de amistades, compañeras y compañeros de estudios y/o trabajo...) y las instituciones que participaron en ello, junto con la gente que trabajaba en ellas (con sus productos, como programas sexistas de la televisión, juguetes sexistas: balón, guantes de boxeo, pistolas, ropas de deporte, comics y tebeos de héroes... para los chicos; y muñecas, cocinitas, novelas románticas, trajes de enfermera, tebeos de princesas... para las chicas), literatura sexista, dibujos animados, películas, anuncios... también recibieron esta educación sexista anteriormente; sus antepasadas y antepasados no se libraron.

1.9. TRANSMISIÓN GENERACIONAL DEL SEXISMO: CURRÍCULO OCULTO

Está muy enraizado en la sociedad; nos ha sido machaconamente transmitido y nos lo han hecho vivir concienzudamente, por lo que no nos damos cuenta de que estamos todas y todos empaquetadas y empapados de sexismo, unas personas más que otras, pero con escasas excepciones, aunque ocurrió hace tiempo y siga ocurriendo de las mismas o similares maneras.

De esta forma, continuamos transmitiendo este "currículo" sexista de generación a generación, casi inadvertidamente. No lo deseamos, no estamos de acuerdo con él, no nos agrada, ni pensamos que es justo, pero, simplemente, está instalado en nuestras mentes, lo incubamos en ellas y ahí continúa, de una manera abstracta o casi invisible, penetrando en cada persona, dificultando o infectando todo lo que toca.

Y, hasta ahora, para quien quiere salirse de estos roles no ha habido premios, ni reconocimiento, ni gratitud; solamente marginación, represión y castigo. Bastaría con recordar algunas valientes mujeres feministas, gracias a las cuales hemos podido ir tomando conciencia poco a poco de todo este asunto y que tuvieron que pagarlo, incluso, con su vida. No lo tuvieron ni lo tienen fácil el resto de mujeres, ni lo tenemos sencillo tampoco los hombres. Pero lo importante es que ahí estamos, sin rendirnos todavía ante la falta de esperanza para el cambio que se nos transmite desde las sociedades donde vivimos.

¿Qué nos impulsa a seguir? La clara conciencia de que dentro de estos roles, a duras penas puede alguien ser completamente humano y feliz. Fuera de ellos te conviertes en el punto de mira para la opresión; y ahí está también nuestro trabajo: convertir ese lugar fuera de los roles en un espacio nuevo donde podamos respirar, mirarnos a los ojos y respetarnos mutuamente, mujeres y hombres.

1.10. MOTIVOS POR LOS QUE NECESITAMOS LIBERARNOS DE ESTOS CONSTRUCTOS

Estos roles sexistas definen el tipo de masculinidad que, a falta de otros modelos -o por represión de estos-, los hombres debemos de asimilar e incorporar: una masculinidad opresora, hegemónica, fruto del patriarcado, injusta y perjudicial. Este no es el modo de vida que deseamos para nosotros, ni un modo de vida que deseemos para las mujeres, no se merecen los resultados de nuestros roles y no nos merecemos estas relaciones dificultosas, tensas e insanas que tenemos con ellas, donde, sin quererlo, nos dañamos, nos zancadilleamos, nos atemorizamos, desvalorizamos, acusamos, atacamos, acabando por desconfiar mutuamente.

Nosotros mismos tampoco nos merecemos el caro precio que estos roles nos acarrearán, la factura a pagar (tendríamos que dejarnos la piel si tuviéramos que cumplir todos ellos), ni tampoco los resultados de los roles que las mujeres tienen que ejecutar hacia nosotros. Por eso creemos

que tenemos que liberarnos cuanto antes de este sistema de opresión, donde los hombres somos conducidos a oprimir a las mujeres, a base de reprimir nuestra propia humanidad. Y, por descontado, debemos apoyar a las mujeres para que ellas también se liberen de sus roles. Es por esto mismo que los hombres nos organizamos en grupos de hombres, para identificar estos roles, analizarlos, evaluar su dimensión y eliminarlos. Porque cada vez que los cumplimos estamos limitándonos y oprimiéndonos a nosotros mismos; porque cada vez que lo hacemos es imprescindible negar parte de nuestra humanidad, ya que ésta no acepta que dañemos o que no tratemos con total respeto a otro ser humano.

Necesitamos liberarnos de este sistema de género que se centra en la desigualdad del sexo biológico porque genera mucha opresión, injusticia, jerarquía, violencia, en las cuales las mujeres sufren directamente las consecuencias de nuestras conductas: dominio, control, violencia (intergénero), conculcación de derechos, injusticias sociales, económicas, políticas, relacionales, laborales... Ellas son, por un lado, la diana directa de nuestros roles y, por otro, de la situación caótica que el miedo a tener que ejecutarlos crea. Muchas mujeres mueren a causa de esta estructura social de género, y los gastos y costos, sean humanos o económicos, que se producen y padecen tanto mujeres como hombres son innumerables.

Por otro lado, este mismo sistema de género también origina muchísima violencia y destrucción entre los hombres, para con otros hombres (intragénero), entre hombres y gente joven (adultismo) y para consigo mismo (auto-violencia). Es demasiado el maltrato, la dureza al que nos fuerzan en el nombre de ser "hombres de verdad".

1.11. EL "CONDICIONAMIENTO MASCULINO"

Para poder cumplir estos roles, a nosotros los hombres nos tuvieron que preparar y entrenar de antemano, por medio de un largo proceso psico-socio-cultural, con el fin de que perdiéramos el contacto con nuestra humanidad de un modo especial; sólo entonces estaríamos dispuestos a no considerar la humanidad del resto de seres humanos y poder, así, dañarlos y oprimirlos. El proceso de deshumanización o "condicionamiento masculino" fue una dura, larga, sistemática y traumática parte de nuestra niñez y lo sigue siendo así para muchos niños que nacen en esta sociedad, a pesar de que las cosas, poco a poco, estén cambiando. Más adelante hablaremos de este condicionamiento, pues en él reside la clave del machismo masculino.

1.12. EL RIESGO DE LA INVISIBILIZACIÓN DE LA OPRESIÓN

Para terminar con este pequeño apartado, una nota importante: podemos observar la tendencia a empujar a las mujeres hacia estos roles "masculinos" de nuevas y sutiles maneras que antes estaban reservadas solo a los hombres, a medida que el sistema capitalista necesita de más remiendos y trucos para poder perdurar con su explotación económica y búsqueda de nuevas fuentes de beneficios. Al hecho de intentar conseguir los mismos privilegios y libertades que se les supone a los hombres como beneficios de su papel de opresor, lo denomina liberación.

Esto no facilita las cosas. Por el contrario, al generalizarse la opresión, se nos transmite la idea de que la manera de ser feliz, libre, independiente y exitosa en las nuevas condiciones sociales que va generando la rápida globalización en nuestras sociedades, es imitando el "nuevo modelo" de poder, que no es más que el hegemónico masculinizado pero "maquillado"; algo así como un "neomachismo" o un intercambio de roles. Esto, junto con intentar pretender que por el mero hecho de haber puesto en desuso ciertas prácticas y costumbres sexistas de las anteriores dé-

cadras -como separar a las niñas y niños en las escuelas, unificar comportamientos y valores de un género en los dos o, incluso, en detalles aparentemente más superficiales como unificar y/o eliminar ciertos colores, tipos, modas, etiquetas de ropas de ambos sexos, generalizar el uso de ciertos adornos (pendientes, percings, anillos, tatuajes, tangas...) etc., o pensar que por el hecho de tener leyes de igualdad recogidas en los boletines oficiales... se hayan eliminado los conceptos sexistas interiorizados en los individuos de nuestras sociedades sexistas, sin haber desarrollado un trabajo serio de concienciación y reconstrucción sexista, nos puede despistar del trabajo de concienciar a la población sobre la necesidad de seguir atentas y atentos ante el sexismo, tal vez tan vigente como antes, pero con diferentes matices, expresiones y nuevas manifestaciones.

Deberemos permanecer atentos y atentas a las reformas y/o transformaciones en el ámbito de las relaciones de género.

2. LARGO PROCESO DE SOCIALIZACION PREPARATORIO PARA LA VIOLENCIA MASCULINA. MECANISMOS DESHUMANIZANTES DEL CONDICIONAMIENTO DE LOS HOMBRES

Un largo proceso de socialización espera a cada varón que llega a estas sociedades para ir entrenando y preparándolo hacia su futura asimilación, interiorización y desarrollo de las actitudes supuestamente “adecuadas” como supuesto “hombre”, muchas de ellas duras maneras de ser, pensar y actuar; formas, actitudes, creencias violentas todas ellas fruto de la supuesta masculinidad tradicional que tenemos que asumir. Se necesita intervenir en un punto clave de la construcción de la identidad masculina para que el chico crezca y se configure como tal varón tradicional hegemónico y patriarcal: su humanidad. Es aquí donde especialmente incide y persiste el establecimiento de la masculinidad patriarcal. Si no nos tocara este ámbito difícilmente aceptaríamos la implantación de modelos masculinos destructivos, peligrosos, de alto riesgo, violentos, competitivos, duros... Por desgracia el establecimiento de la masculinidad hegemónica reside en este.

2.1. MODOS ESPECÍFICOS DE DESHUMANIZACIÓN. PREPARACIÓN DEL CALDO DE CULTIVO

La educación que hemos recibido los chicos ha sido diferente de la que han recibido las chicas, también las expectativas de esta educación así como las actitudes que éstas generan. Ambos “estilos” conllevan el deje sexista peculiar para cada género en muchos ámbitos. Por ello, los dos géneros desarrollan problemáticas y diagnósticos distintos. En el caso de los hombres, principalmente se nos ha entrenado y dañado en dos modos o ámbitos generales:

1.1. En lo respectivo a nuestra humanidad: se nos ha considerado como si fuéramos menos humanos que el resto de las personas.

1.2. En lo respectivo a la naturalización de la violencia en los hombres y su uso como parte de su educación.

2.1.1. Se nos ha considerado como si fuéramos menos humanos

A menudo se nos ha tratado como si nuestra naturaleza fuera diferente de la de las mujeres, no tan completamente humana y como carente de alguna de sus cualidades básicas. En un amplio

campo que va desde los cuentos de infancia hasta las ideologías más radicales, se piensa de nosotros como si estuviéramos compuestos por algo distinto, más vasto o rudo que lo verdaderamente sensible y humano. Este fenómeno tiene su exponente en cuatro ámbitos, que coinciden con algunos de los aspectos que más insisten y nos inculcan el concepto de masculinidad y virilidad hegemónica patriarcal:

A. SE NOS TRATA COMO SI NO TUVIÉRAMOS LAS MISMAS CAPACIDADES PARA SENTIR QUE EL RESTO DE LAS PERSONAS

“Los hombres no sentimos el dolor del mismo modo que las mujeres”.

Mucha gente ha solido creer que los hombres sentimos menos cualquier tipo de dolor o de una manera distinta a como lo sienten las mujeres:

· ‘Si pegamos a ambos, es más perjudicial e insultante para la niña que para el niño. A éste último se le pasa enseguida, es más “duro” y “no le importa”; “tal vez si le pegas más fuerte, o dos veces, igual te hace caso o reacciona...”’.

· ‘No se espera ver a un muchacho, ni se suele querer verlo, dolido, triste o por supuesto, llorando. No se espera que necesite de apoyo emocional, cariño, cercanía.... Se espera que no pierda tiempo en esas “chiquillerías”, levante la cabeza y se reponga rápidamente.’

· ‘Un chico, en estos roles, no prioriza sentir o notar el dolor o el esfuerzo físico; parece que le duele menos, que aguanta más o que tiene que disimularlo, tiene que herirse más fuertemente para que pare la actividad que estaba realizando o pueda demostrar que siente el dolor y le influye determinadamente’.

A menudo se escuchan ideas por el estilo -y las vemos materializar en infinidad de películas, eventos deportivos...-, pero no reflejan exactamente nuestra realidad. Nuestros cuerpos y los de las mujeres tienen el mismo sistema nervioso, tenemos la misma sensibilidad, el mismo daño nos causa el mismo efecto. Lo que difiere es cómo ha sido educado cada género para reaccionar ante el mismo dolor y expresarlo: los chicos aprendemos a disimularlo ya desde muy jóvenes. Si los chicos mostramos que nos duele algo se nos toma por débiles, nos comparan con las chicas, y hemos aprendido desde pequeños lo vergonzoso que esto es.

Existe una presión considerable en este tema sobre nosotros y nuestra capacidad de sentir. Tenemos ejemplos por todas partes, desde las películas y los mitos e historias orales de héroes invencibles, pasando por los insensatos anuncios y dibujos animados del modelo masculino hegemónico que actualmente nos venden (Popeye y “Brutus”, Spiderman, Bruce Lee, Manga...por citar algunos), hasta las costumbres y rituales que se desarrollan en las culturas. Las mutilaciones físicas culturales nos hablan de esto: por ejemplo, para probar la virilidad se espera que un chiquillo supere una de esas operaciones, mutilaciones y/o pruebas tan dolorosas que se les infringe en su preparación para ser hombres; un trauma que deberá soportar para que sea considerado digno o importante del grupo al que se le pretende hacer pertenecer.

Hoy en día podemos ser testigos de parte de esto de otros modos: se espera que el futbolista, o el ciclista, o el pelotari, el boxeador... se levante en cuanto ha caído al suelo -“¡Si no ha sido nada!”- y que siga adelante con su quehacer. No se espera que las mujeres boxeen, porque ese es un deporte de “hombres”. ¿Cómo nos presentan una riña de hombres -golpes tremendos, armas y asesinato, generalmente- y una riña de mujeres? -como algo que nos puede causar hilaridad, incluso: tirones de pelo, empujones, gritos....-. Por tanto, tenemos un mundo simbólico completo construido sobre este tema, insertado en nuestra mente, que viene a demostrarnos que, efecti-

vamente, la manera correcta de ser “todo un hombre” es no sintiendo, ni el dolor ni el miedo ni expresándolos; algo parecido a John Wayne o Humphrey Bogart, Sylvester Stallone, Swatzenager, James Bond... La historia se repite.

En nuestras sociedades no se ha tenido aún demasiado en cuenta la importancia de estas expresiones emocionales y sentimentales debido a los fuertes prejuicios que existen en torno a ellas. El lloro, por ejemplo, posee una función rehabilitadora importante, tal y como se ha venido experimentando en los grupos de hombres: no es señal de debilidad sino que ayuda a superar las dificultades y partes traumáticas de las situaciones difíciles que normalmente frustran, deprimen y superan a las personas.

Hemos sido educados a no tomar nuestros sentimientos tan en cuenta como se toman los de las mujeres, porque se consideran señales de debilidad y falta de hombría. “Ellas sí tienen motivos para sentir lo que sienten de esas maneras profundas; son así; nosotros no somos así”. En consecuencia, se genera la parte más dañina de nuestra opresión: debemos aprender a negar y, si afloran, a tragarnos nuestros sentimientos, y actuar como si no los tuviéramos, en todo momento. Esto permite que aceptemos mucho del maltrato que va a enraizar nuestra opresión y que facilitará el que oprimamos a las mujeres, sin apenas sentirlo. Si mantuviéramos la capacidad de sentir nos negaríamos a infligir ningún daño a otro ser humano, nuestros sentimientos nos lo impedirían, no nos permitirían tratar a nadie inhumanamente. Pero por desgracia, gran parte de nuestra educación y condicionamiento masculino ha sido en esta dirección, y sin sentimientos tendemos a construir nuestra identidad y nuestros valores sobre lo material.

B. SE NOS DEJA SOLOS

También en el ámbito físico pero, sobre todo se nos suele dejar solos cuando necesitamos ayuda en el ámbito emocional, cuando estamos deprimidos, rotos, desesperados.... porque no se espera que un “hombre hecho y derecho” se encuentre en tales situaciones o porque se piensa que debe salir de esa situación y superarla por cuenta propia. Un efecto de esto lo encontramos en la gestión que se hace de las muestras de cariño: a los niños se les acaricia menos que a las niñas y las caricias, abrazos, expresiones afectuosas orales... son bastante más habituales entre las niñas, para las niñas; para ellos hay otro tipo de expresiones que no tienen que ver directamente con la cercanía y contacto físico sino con la valoración oral y dirigida hacia la autoestima y valores de independencia. No se piensa que el afecto y contacto físico cariñoso vaya a beneficiar al niño, sino más bien que le puede “perjudicar”, “emblandecer”, desviar de sus objetivos, “amariposar”...

Por otra parte, se ha solido pensar que los chicos deben conseguir su independencia pronto, está bien visto que se hagan autónomos antes que las chicas. El hecho de ser autónomo no es negativo; lo perjudicial del caso es que no se les ofrece ningún espacio u opción de compartir y mostrar las dificultades, dudas, miedos... que les surgen en esa dirección. Se ha pensado que lo tiene que resolver todo por su cuenta; a esto se le denomina erróneamente “autónomo”. No se ha tenido siempre en suficiente consideración que también los chicos necesitan intimar, seguridad, protección y atención. Y ese “dejarlos solos” antes de lo necesario dificulta que un chico se sienta querido, protegido, se dé cuenta del lugar que le corresponde en este mundo, así como de su importancia para los demás y la seguridad y el optimismo que debería desarrollar por el hecho de ser tenido en cuenta.

C. NUESTROS DAÑOS NO PARECEN IMPORTANTES

Esto nos hace sentir y creer que lo que realmente estamos sintiendo no es verdaderamente importante ni beneficioso ni algo que a las demás personas agrade o interese, aunque tratemos de

no mostrarlo. Por el contrario no se espera que la actividad, el juego, el quehacer que estamos desarrollando se interrumpa. El juego, la competición, el triunfo, el pódium, el trabajo... muchas veces son más importantes que nuestros sentimientos. Este hecho se traslada y generaliza, por desgracia, al ámbito de lo sentimental y entorpece la facultad de sentir y ser sensibles sobre la mayoría de los acontecimientos que ocurren en nuestras vidas. Lo grave del caso es que esto lo acabamos aplicando a nuestras vivencias emocionales.

D. A NUESTROS SENTIMIENTOS NO SE LES PRESTA ATENCIÓN

La gente adulta, con frecuencia se avergüenza o incomoda con los hombres que muestran y expresan su dolor o pena, rompiendo a llorar, o temblar.... Como esto no se considera un comportamiento "correcto" para un hombre, no se suele querer presenciar esta "escenita". Se inventa lo que sea para que el chico deje de llorar: ya de pequeños, se le mete el chupete en la boca o se le chantajea cuando son un poco más mayores (si no te callas no verás la tele, no te haré caso, no vas a tomar el postre...), o se le amenaza (si no te callas se lo diré a tu padre y entonces sí que te dará verdaderos motivos para llorar...). Por otro lado, se prefiere, se acepta mejor que se marche a su cuarto a llorar ("ya se le pasará el mal rato, la tontería"...), en vez de atenderle e interesarse por sus descargas emocionales y los motivos de éstas. Pocas personas pueden presenciar estas últimas con un tono afable, cercano, de aceptación y no incomodidad, represión o castigo. La verdad es que el niño no quiere estar solo con su problema, pero se le ha avergonzado lo suficiente con su lloro como para que pueda mostrarlo delante de alguien.

Cuando un chico parece que quiere estar solo, la gente adulta no se extraña demasiado por ello, les parece un comportamiento maduro, que responde a su personalidad independiente.

Si no se nos ofrece atención cuando algo nos duele, podemos tender a pensar que nuestro dolor no es real, de manera que a la larga podemos desarrollar actitudes de desconfianza, rechazo... hacia lo que sentimos, en consecuencia, hacia lo que el resto de personas sienten, hacia el amplio e importante mundo de los valores sentimentales.

2.1.2. Se nos ve como si fuéramos agresivos y violentos por naturaleza

La actitud violenta y agresiva, es un reflejo del maltrato que hemos recibido anteriormente; es éste mismo el que nos induce a repetirlo. Pocos son los canales de expresión de sentimientos que se nos permite utilizar a los hombres sin que sintamos que "disminuye el nivel de nuestra hombría". Es la rabia y el enfado una de las pocas puertas abiertas que mantenemos hacia el mundo de nuestros sentimientos. Es curioso observar la relación directa entre esta posibilidad de sentir y poder expresar la rabia y el enfado y la cantidad de duda que puede generar la expresión de estos sentimientos para con nuestra supuesta hombría. Son sentimientos que no cuestionan nuestra virilidad: "entereza, rudeza, dureza".

Es este canal de expresión lo poco que podemos usar para expresar nuestras profundas emociones. Por un lado es positivo, pues nos permite exteriorizar una parte de lo que nos ocurre en nuestro interior. Por otra parte es negativo pues hace que toda la gama de sentimientos (pena, conmoción, miedo, compasión, tristeza...) que podemos sentir, la codifiquemos en clave de rabia o ira. Además la expresión de esta rabia y enfado suele acarrear efectos negativos en las personas u objetos de nuestro alrededor pues no se nos ha educado a expresarlas adecuadamente, es decir, sin dañar a las personas o elementos que nos rodean.

Tal puede llegar a ser la frecuencia de la expresión de estos sentimientos de enfado que se llega a considerar como un aspecto significativo de nuestra naturaleza, algo intrínseco al hecho de ser

hombres. Craso error. Así, esa especie de adjetivo que ronda las mentes de muchas personas toma cuerpo: ¡son unos burros!

Añadamos a esto la perspectiva que nos muestra la cultura sobre los niños que juegan con pistolas, imitando súper héroes o a guerras, como si de ese modo mostraran su forma de ser, sin tener en cuenta que esto no es más que una construcción cultural, preparación para el futuro, ése que especialmente pasa por la dinámica armamentística de los países imperialistas. Se nos ofrecen e inculcan de antemano los roles violentos que debemos cumplir y se nos educa y habitúa a ellos, para que estemos preparados en caso de que nuestra nación nos necesite en caso de emergencia bélica.

Lo peligroso del asunto es que después se suele olvidar todo este proceso de condicionamiento masculino y solamente vemos el efecto superficial exterior de esta naturalización de la violencia en los varones (el currículo oculto) como si la actitud violenta fuera intrínsecamente nuestra.

3. TÍPICOS ROLES QUE SE ESPERAN DE LOS HOMBRES Y QUE REFUERZAN LA IDEA DE LA ESENCIA VIOLENTA MASCULINA

Vamos a ver un breve resumen de algunos prejuicios, pre-concepciones, falsas ideas y creencias que refuerzan el arraigamiento de la masculinidad tradicional y que presentan resistencias al cambio hacia otros tipos de masculinidades no violentas o duras.

3.1. SE NOS INDUCE A ACTUAR “AL MODO DE LOS HOMBRES”, YA DESDE LOS HOMBRES MISMOS

La hombría es algo que siempre está en juego, un conjunto de valores a demostrar de continuo; no se da por hecho. Tal conjunto de valores tiene que ser reflejado y probado por nuestras acciones y actitudes. La sociedad en conjunto espera que los hombres desempeñemos ciertos roles pre-determinados que reflejen esa hombría. Unas veces somos los propios hombres los que esperamos que todos acatemos esos papeles, otras veces son otros sectores de la población los que esperan lo mismo: mujeres que son víctimas del sexismo y que han asumido e interiorizado tanto sus roles que esperan que todos los cumplamos; hijos e hijas que, también afectados por el sexismo, se han acostumbrado a ver, vivenciar y experimentar a sus madres y padres en esos papeles...

La opresión gay tiene mucho que ver con todos estos modos de presionar a los hombres, desde los propios hombres. Si, desdeñando la opresión, damos la espalda a las rígidas reglas de ser “hombre”, nos saltamos ciertos roles y nos aferramos a nuestro verdadero ser, nos pueden acusar de ser “gay”, y esto es entendido como, “no hombre”. Intentarán por medio del rechazo y la violencia que nos rindamos al reglamento vigente (hasta hace un par de décadas en Estados Unidos asesinaban a los homosexuales, mientras el gobierno hacía la vista gorda). Una opción nada atractiva: ser “hombre” y tener un sitio en la sociedad o sufrir una opresión añadida un tanto cruel.

El motivo principal para considerar a alguien gay e insultarlo y maltratarlo la mayoría de las veces en el fondo no tiene que ver con la opción sexual sino con negarse al estilo de vida del hombre estándar hegemónico. Es una especie de ley invisible flotante que se encuentra en el código simbólico del psique colectivo masculino de casi todas las sociedades y alcanza su mayor expresión y dureza en los estamentos militares y penales, donde se encuentra impresionantemente incrustado. Podría rezar algo así: “Aquí estamos jodidos todos con estos roles, y tú no vas a ser menos”.

Otra dificultad añadida de este grupo: ciertos hombres a quienes la opresión añadida que padecieron por mantenerse firmes en su decisión de no asumir los roles les resultó insufrible, se han rendido ante el impasible sistema y al tiempo se convierten en defensores de los modelos rígidos sexistas-machistas, soliendo tender a actuar más duramente contra quienes no parecen decididos a querer ceder, convirtiéndose en transmisores activos del machismo homofóbico. Pero cuanta más conciencia desarrollamos de cómo las personas somos oprimidas en nuestras sociedades, menos nos exigimos mutuamente el cumplimiento de estos papeles y más trabajamos por la liberación de ellos, ya tanto para las mujeres como para los hombres. Y cuanto más se entiende cómo es la opresión de cada grupo, se oprime menos y mejor se desempeña el trabajo mutuo de liberación.

Vamos a profundizar un poquito más en algunos roles típicos que se espera de nosotros. Son los que más nos van a modelar el deje violento de nuestra masculinidad.

3.2. LOS PRINCIPALES ROLES HABITUALES DE LOS HOMBRES DESDE LA MASCULINIDAD TRADICIONAL

3.2.1 Debemos actuar como si nada nos afectara: “Insensibles + duros = maduros”

Solemos tener que actuar como si no sintiéramos nada que se considera negativo de sentir en un hombre, como dolor, miedo, vergüenza, duda, tristeza, compasión, desánimo, euforia, sensibilidad, emoción...

Podemos mostrar ciertos sentimientos y actitudes -impasibilidad, dureza, lógica férrea, cumplimiento del deber, ardor guerrero...- normalmente dirigidos a tapar los sentimientos que no debemos mostrar. No podemos llorar, no debemos mostrar miedo, no podemos mostrarnos deprimidos o asustados, a pesar de que la realidad sea que lo estamos y que nuestras sociedades presenten situaciones donde estos sentimientos deberían aflorar continuamente; no hay más que ver un telediario.

Al mismo tiempo, no deberíamos aparentar ser muy cercanos o tiernos, y menos hacia otros hombres, no vaya a ser que se nos malinterprete: ¿cuándo ha sido la última vez que viste dos hombres pasear de la mano, o cogidos de la cintura, o llorando en el hombro del otro? Y si fue así, tómate un par de segundos ahora y piensa: ¿qué fue lo primero que te pasó por la cabeza?

Debemos evitar mostrarnos sensibles incluso en los momentos en que nuestra humanidad más necesita serlo: se espera que ante la muerte de personas muy queridas guardemos la compostura y las apariencias; todos sabemos qué implica esto, que sólo van a poder llorar las mujeres, las niñas y algunos niños.

O que no actuaremos como gallinas, cobardes ante situaciones peligrosas y que defenderemos y protegeremos a nuestra gente poniendo en riesgo nuestra vida, “poniéndonos delante”, si es preciso. No está bien visto que mostremos nuestros sentimientos en situaciones en las que las personas no pueden contener los suyos: “alguien debería mantener la cabeza fría”; esto casi siempre se espera del hombre.

3.2.2 Se nos educa para que nos sintamos responsables de todo

En este sistema patriarcal, que los mismos hombres diseñaron, la máxima responsabilidad casi siempre recae en nosotros; así “nos lo buscamos”. Además, cuando no es así, creemos que es porque algo anda mal, no con el sistema, sino con nosotros mismos. Llegamos a sentirnos responsables de todo, pero responsables en solitario y en disputa con los demás. Hemos recibido el

modelo de nuestros padres y estos el de sus padres: los hemos visto liderando sus familias, sus negocios, sin pedir ayuda, trabajando firmemente de sol a sol, como si tomar responsabilidades y tener éxito implicara necesariamente tener que hacerlo todo en solitario.

Debemos tener todo bajo control, si no, “alguien lo hará por nosotros”. Por eso, algunos solemos trabajar sin descanso, queriendo hacerlo todo por nuestra cuenta, como si pedir ayuda fuera lo último que un hombre debería hacer o fuera a quitar valor y categoría a nuestro esfuerzo. Otros entre nosotros, hartos, tendemos al otro extremo y nos negamos a responsabilizarnos, de una manera rígida también, pretendiendo que nuestra respuesta anárquica sea “lo más justo y adecuado” a cualquier situación.

3.2.3 Hombres = Sacrificables

Como hemos dicho anteriormente, los hombres perciben el mensaje de que son la parte más sacrificable de la Humanidad. A las guerras vamos mayormente hombres, a morir y matar, y en consecuencia mueren infinidad de niñas, niños y mujeres y también números ingentes de hombres. Los hombres nos hemos amontonados en minas, en naves, en sótanos, en plataformas peligrosas, sobre maquinaria arriesgada y lugares de alto riesgo, donde sólo se busca la producción y la explotación, en condiciones laborales inaceptables, alrededor de la latente idea de que el máximo honor de un hombre es dar la vida por algo. (Mi doctor de cabecera murió de cáncer por su continua exposición a los rayos “X” de su consulta de Pediatría y se le consideró como un héroe, un honor para la causa médica -así se le recordó en el funeral-, en vez de considerarlo una grave injusticia del sistema laboral).

Para los casos en los que hay que poner en peligro la vida propia o acabar con la de otra gente, nos llaman principalmente a los hombres. Se piensa que no vamos a reaccionar emocionalmente ante ello y, por consiguiente, no vamos a “perder el control”. Por un lado, somos reemplazables, sustituibles y eliminables y, por otro, se suele creer que matar a otras personas o ver morir a nuestros compañeros no nos va a afectar o importar demasiado. Se cree que los soldados que vuelven de la guerra no necesitan más que reputación, como mucho una banda sonora y una buena bienvenida y medalla, como si pasarse años matando y viendo morir no tuviera ningún efecto especial en nosotros o como si fuéramos capaces de seguir viviendo con todo eso, sin permitir que afecte nuestra manera de ser, pensar, actuar... Otra cosa señalan los escalofriantes datos sobre graves trastornos psicológicos y suicidios en los veteranos de guerra.

Hasta aquí, algunos de los principales roles que los hombres hemos sostenido y que hoy en día siguen más o menos vigentes, con variantes y particularidades locales y personales.

Principalmente, suelen tener efectos o consecuencias parecidas sobre todos nosotros. A medida que cambian los tiempos la opresión también se va adaptando, reacondicionando y tomando nuevas apariencias y ámbitos: cada vez es más común que este sistema capitalista busque a las mujeres, para oprimirlas del mismo modo en que ha oprimido a los hombres y explotarlas por obtener más beneficios.

Veamos, seguidamente, algunas de esas consecuencias.

3.3. SEXISMO Y VIOLENCIA

Con lo anterior colocado en nuestras mentes, es bastante sencillo dar paso al siguiente eslabón de nuestra construcción masculina. A pesar que algunos hayamos podido encontrar,

observar modelos distintos y -en algunas pocas ocasiones- adecuados de masculinidad, nos atrevemos a decir que la mayoría de nosotros ha sido expuesto a algo de lo que a continuación se explica, siempre con multitud de variantes y matices particulares: la masculinidad patriarcal tradicional. A veces, con ayuda, llegaremos a darnos cuenta que parte de nuestro propio condicionamiento masculino -como el hecho de tener que ser perfectos, exactos, los mejores...- nos va a entorpecer a la hora de intentar reconocer algo de lo expuesto a continuación en nosotros. Deberemos, pues, permanecer humildemente atentos, en especial en puntos delicados como el que a continuación presentamos. ¡Ánimo!; no olvides que no es cuestión de buscar culpas, sino soluciones.

3.3.1. Preparación para la violencia oficial

Los hombres constituimos el último eslabón en la cadena opresora de casi toda sociedad. Cuando las cosas van mal y la ciudadanía está descontenta y enfadada, con intenciones de rebelarse contra el orden impuesto o cambiar radicalmente el orden social, se suele enviar a los hombres, armados, para volver a “encarrilar” la situación. Los hombres necesitan un entrenamiento y condicionamiento especiales para poder asustarse ellos con las armas y la violencia menos de lo que van a tener que asustar al resto de la sociedad, de tal modo que pueden obligar a la ciudadanía a volver al “camino u orden correcto” anterior por la utilización de la amenaza de la violencia y/o su uso. Recordemos cómo, cuándo y dónde ocurre este entrenamiento.

3.3.2. Entrenamiento o socialización sexista masculina: Debemos familiarizarnos con la violencia

Muchos hombres nacemos expuestos a un ambiente rudo y con muchas connotaciones de violencia de diferentes tipos y significados en nombre de la “producción de hombres de verdad”, de “grandes hombres”, personas autosuficientes, liberadoras, héroes o valientes... Es parte de nuestra cultura que durante el proceso de construcción de, primero, nuestra hombría (sobre todo en el campo sexual) y luego, según esto, nuestra masculinidad (campo de género: actitudes, pensamientos, valores...), seamos expuestos, testigos y aprendices de diversas formas de violencia que deberemos aprender a manejar en el proceso de crecimiento, construcción y formación como hombres. Defender nuestro territorio, nuestras posesiones (incluyendo a las hermanas, novias, madres...), nuestra honra, nuestra personalidad, nuestras razones, etc., por medio de la violencia es parte de nuestra educación y luego será parte de los diversos indicadores y registros masculinos sociales que iremos encontrando en muchos estamentos sociales, a los que acudiremos para corroborar esta parte de nuestra masculinidad, como ya hemos citado anteriormente (Las casas de los hombres, anteriormente citadas: ciertas sociedades, centros deportivos, bares, algunos centros de prostitución, diversa literatura como revistas, programas...).

Algunos de nosotros hemos tenido que pelear alguna vez con nuestros hermanos y mejores amigos como simples pruebas de que éramos lo “suficientemente hombres” como para merecernos un mínimo de reconocimiento o de respeto, ya por parte de los chicos y adultos masculinos más queridos (amigos, padres, entrenadores, tutores...) y admirados, como por parte de miembros femeninos, cuando éstas se sentían en situaciones de riesgo, de violencia (nuestras madres o hermanas: ¡le voy a decir a mi hermano que te pegue! ¡Hijo, no te dejes pegar por nadie!, y si es necesario... ¡dale tú primero!...).

Lo hacíamos también por conseguir una especie de estatus en nuestro nivel de aceptación dentro del grupo y amistades satélites a él, ante el resto de los chicos u hombres que nos podían parecer peligrosos o amenazantes... o por el simple hecho de sentirnos importantes para alguien. También nos hemos visto envueltos en estas situaciones que giraban entorno nuestro tan frecuentemente y haber tenido que pelear, ser golpeados o ver cómo golpean a alguien que tú quieres o

aprecias y no poder negarte a defenderte de la misma manera insensata por no ser rechazados y golpeados, por “blandos” o “medio hombres, medio maricas”...

Lo mismo diríamos con el tener que ahuyentar amenazas derivadas de sospechas sobre nuestra hombría, a base de tratar sin respeto a nuestras compañeras, bajo la expectativa de atraer la atención de mujeres bastante dañadas por el sexismo, que “adoran” a los hombres “fuertes y seguros de sí mismos” que les van a defender antes que tener que defenderse ellas mismas. O la tristeza de tener que buscar otros amigos por negarte a pelear con los tuyos.

Es un dato curioso observar cómo hoy en día las personas que ocupan los cibercafés y espacios de Internet dedicándose a juegos de ordenador bélicos, violentos y nada educativos son, bajo mi observación personal en los últimos dos años, chicos, en el 99,99%.

Las tres expresiones más utilizadas por estos adolescentes son: “Hijo de puta”, “maricón”, “te voy a machacar.”

Este entrenamiento o condicionamiento comienza muy temprano en la vida de la mayoría de los chicos y es un tratamiento sistemático de dureza, aislamiento, negación y represión de los sentimientos, su expresión y esterilización, tanto a nivel emocional como afectivo, dirigido expresamente al género masculino, principalmente de mano de sus progenitores masculinos -ellos fueron tratados también así- y a veces, con algo de colaboración por parte de algunos de sus progenitores femeninos, víctimas éstas a su vez del sexismo violento de sus progenitores masculinos, hermanos, profesorado, amistades, familiares... Esto, junto con el resto de elementos violentos socio-culturales que continuamente están penetrando en las mentes de las personas con contenidos educacionales, mensajes y propaganda impregnados de violencia: mass media y noticias bélicas, películas y literatura armamentística proveniente en gran parte de los estilos políticos internacionales violentos, “gore”, terrorífica; Dvd-s y juegos de ordenador, deportes y eventos culturales, dibujos animados (Manga, Simpson...) y anuncios, regalos y juegos, todos ellos escenificados en escenarios de violencia, etc.

Todo esto crea un ideario social sostenido en la idea de que no existe posibilidad de convivir sin un mínimo de violencia y la cantidad mínima necesaria de “tolerancia” -insensibilización- para con ella. Las constantes noticias magnificadas y descontextualizadas de los conflictos bélicos internacionales y su tratamiento propagandístico es un efectivo recordatorio del fenómeno del uso de la amenaza continua de la violencia para el mantenimiento del orden y la adjudicación de esta función principalmente a la parte masculina de la sociedad.

Sistemático, duro y efectivo tiene que ser este condicionamiento y preparación de una gran parte del conjunto masculino de la sociedad hacia la familiarización, padecimiento y uso de la violencia. Todo comienza por el primer juguete competitivo y/o violento (todavía se siguen regalando a los niños trajes de héroes violentos fantásticos con toda su armamentística, cartucheras y pistolas, guantes de golpear, flechas y arcos de indios, rayos y espadas láser de destrucción, accesorios mortales como tanques, cañones, mega metralletas o videoconsolas de alto contenido violento-destructivo, en absoluto pedagógico...) y conoce su cúpula, con el servicio militar ya sea obligatorio -en los países que aún lo es- y voluntario -en el resto- o por medio de las ofertas sociales laborales de pertenencia a algún cuerpo policial o militar, lo cual es visto como un trabajo digno y honesto.

No estaría de más recordar de nuevo que, a medida que el capitalismo y sus poderosas estructuras hegemónicas avanzan y se “tecnologizan y modernizan”, la manera en que se nos socializa y condiciona va variando y presentando nuevos matices. Su influencia y resultado, no obstante, va por la misma línea y cada vez más atrapa a más mujeres.

4. CONSECUENCIAS DE LA VIOLENCIA MASCULINA EN LOS HOMBRES

4.1. EFECTOS HABITUALES EN LOS HOMBRES

4.1.1. Insensibilización, inconsciencia y transmisión

A menudo no nos damos cuenta de cómo nos oprimimos ni de tampoco cómo oprimimos a otros hombres y a las mujeres. No nos damos cuenta de qué nivel de maltrato hemos aceptado para con nosotros mismos, y, por tanto, que nivel de maltrato generamos y ejercemos sobre el resto de personas. No solemos tener muchas pistas del efecto que acarrea esto al resto de personas de nuestro alrededor ni en nuestra propia vida. Es parte de la estrategia del sexismo no permitirnos crear conciencia ni desarrollarla.

Algunos de nuestros padres y los padres de nuestros padres fueron unos de los principales transmisores de esta parte del sexismo. En muchos de nuestros hogares las mujeres fueron víctimas directas de este tipo de sexismo por parte de los hombres. Es suficiente ser testigo ocular de este fenómeno para que quede grabado en tu mente; más adelante podría aflorar cuando menos se espera. Algunos pudieron escapar a esta “culturización” de la violencia en sus casas, pero una vez en la calle fueron inmersos en parte de este ambiente de manos de otras personas y/o entidades socio-culturales que transmiten esta lacra: centros de estudio, clubes de deporte, cuadrilla de amigos, familiares con otra suerte diferente en sus hogares, amistades, centros laborales y el resto de mecanismos de transmisión de violencia que anteriormente hemos citado. De distintas maneras pero con resultados parecidos.

A continuación hemos listado los efectos más comunes que hemos percibido que este tipo de masculinidades genera en los hombres. No todos se dan en todos los hombres pero sí muchos de ellos coinciden en muchos hombres:

Homofobia, aislamiento, desesperación, rigidez, embotamiento y falta de pensamiento claro para consigo mismo y las demás personas, miedo al prójimo y a lo desconocido, aires de grandeza y falso orgullo, autoestima superlativada, competencia, desconfianza, agresividad, tendencia crítica no constructiva, tendencia al riesgo y al peligro, falta de cuidado para consigo mismo, tendencia a desarrollar enfermedades cardiovasculares, insensibilidad, falta de empatía, incapacidad de escucha, deterioro físico y mental avanzado, incongruencia mental y verbal, tasa de alcoholemia y belicismo, ocupación casi completa de las instituciones punitivas, penitenciarias, militares, bélicas, terroristas...tendencia a atacar a los líderes y personas destacadas, a las débiles o sensibles, presunción, fracaso escolar, ausencia de atención para las tareas relacionales afectivas, tasas bajas de esperanza e ilusión, falta de autoestima y humildad, rudeza y pesimismo generalizado, descontrol, desilusión, enfado, disgusto, encerramiento y ensimismamiento, desesperanza... tendencia al suicidio seguro en cuanto a intentos. Vamos a explicar esto rápidamente.

El porcentaje de éxito en los suicidios masculinos es del 70% frente al 30% del porcentaje de éxito femenino. La explicación se encuentra en la manera de auto-percibirse como persona, lo cual conlleva diferentes maneras de buscar la autodestrucción. Así, los métodos empleados por el colectivo suicida masculino son certeros y mortales en la mayoría de los casos (armas blancas y de fuego, salto desde pisos, puentes, trenes, precipicios, tejados...) frente a los intentos no tan certeros ni mortales del colectivo suicida femenino (pastillas, inhalaciones, golpes en partes no vitales...) que tal vez mantiene una mayor tasa de esperanza a la hora de esperar ayuda y cuidados ante situaciones extremas de urgencia.

4.1.2. Dificultad masculina para la identificación de la violencia: la gestión del amor

No es de extrañar que, habiendo nacido inmersos en un ambiente así, los varones desarrollemos dificultades para identificar y distinguir lo que es violencia. Esto dificulta la posterior posible identificación, rechazo, denuncia...de la violencia tanto personal como ajena. Preguntados los hombres que han pasado por nuestros grupos, encontramos que más de la tercera parte de ellos han sufrido maltrato físico en sus hogares por parte de sus congéneres. Los agentes de estos maltratos son muchas veces los padres y en más de la mitad de las ocasiones, las madres.

En este escenario se les plantea a nuestros-as hijos-as un riesgo importante a la hora de poder discernir clara y tajantemente qué es amor y qué es violencia, pues a menudo son receptores de mensajes de amor y de violencia simultáneamente, paralelamente o intercaladamente. Es, pues, fácil que desarrollen perspectivas un tanto borrosas a la hora de definir cuál es la línea que divide el amor de lo que no es amor o de la violencia. Algunas veces los gestos violentos se les han presentado como gestos de amor o caminos hacia el amor o formas de recuperar el amor retirado.

En estos casos resulta un poco complicado que el chico no inserte restos de violencia en el concepto de amor que se está gestando en su intelecto, lo cual facilitará la entrada de conductas inapropiadas o duras en la relación amorosa que desarrolle con otra persona, como si fueran una especie de "pseudo- derecho" el poder incluirlos, pues eso fue parte de lo que él vivió como amor en su hogar, muchas veces acompañado de la "afirmación": "Es por tu bien", "Es porque te quiero", "Quien bien te quiere te hará llorar"...

Entre los hombres que no han recibido violencia directa encontramos que la gran mayoría han sido testigos de ella, de una manera o de otra, durante su infancia y juventud, tal y como lo cuentan: en los hogares de sus amigos, en la escuela o colegio, en el barrio, en la calle, en los vestuarios de deporte, en el deporte mismo, en los bares, en los anuncios, en las películas, en los libros...

Por lo que es de suma importancia fijarnos en cómo entendemos y cómo transmitimos el amor a la hora de educar a nuestros retoños, de tal manera que siempre les llegue totalmente separado de la violencia, de cualquier condicionamiento externo, de amenazas o chantajes, de condiciones... y sin ningún tipo de diferencia ante una chica o un chico. ¿Actuamos de la misma manera a la hora de demostrar nuestro amor a nuestra hija que a nuestro hijo?

Sería muy beneficioso que pudiéramos establecer y expresar el amor sin ningún condicionamiento y a la vez, establecer los valores y las actitudes despacio y con cuidado para que no interfirieran con el amor. Es decir, sería interesante que aseguráramos el amor por encima de todos los fenómenos sociales y culturales como el género, la clase, la moda, el estilo, las tendencias, las apariencias... o personales como el cuerpo, el sexo... y debería bastarnos como motivo más que suficiente el hecho de que haya simplemente nacido para amar a esa persona sin condiciones.

4.1.3. Efectos habituales en las mujeres

Por lo general, y sin meternos en grandes detalles, el asimilar y actuar los roles masculinos tradicionales violentos y jerárquicos acarrea un fenómeno opresivo hacia las mujeres que suele presentar diversas facetas de incidencia, entre otras, tres amplios aspectos y campos, con muy diversos estilos, matices y detalles, que podríamos muy resumidamente recoger así:

1. INTELECTUALMENTE:

Principalmente es una tendencia a pensar que las mujeres no tienen el nivel intelectual suficiente o necesario o que nosotros poseemos; que son, de alguna manera, inferiores en ciertos

aspectos; que no están preparadas para enfrentar muchas de las cosas que nosotros lo estamos o debemos estar; que no poseen todas las capacidades necesarias para lidiar con los problemas que los hombres tenemos que manejar diariamente en muchos ámbitos de la vida pública, que, además, no les suele interesar; que tampoco demuestran una inquietud o actitud favorable a tomar cartas en dichos asuntos, que no lo van a saber hacer, que no van a entender de que se trata, qué decimos o qué nos traemos entre manos...; o que su punto de vista sobre los temas "serios" no va a ser lo suficientemente "serio" o "riguroso" o "exacto, científico, ajustado..."; que se les va a colar esa "vena" emocional o sentimental de ver las cosas que no hace más que alejarnos del problema en sí...; que ese punto de vista es para lo doméstico, íntimo o privado, no para los asuntos de "verdad"... etc.

2. FÍSICAMENTE:

Por lo común es una tendencia a creer que las mujeres son más un objeto que un sujeto, con todas las profundas implicaciones que este simple esquema mental encierra (desde el piropo hasta el asesinato). Inclinación a creer que son personas puestas ahí, en el mismo planeta por casualidad, para hacernos la vida más fácil, agradable, para atender nuestras necesidades y cubrir las con sus servicios, dispuestas a dejarlo todo por nosotros, a acoplarse a nuestras vidas y objetivos y estar a nuestra vera de continuo, mientras nosotros nos dedicamos a realizar las labores importantes de la vida. Las podemos ver como una especie de aliada incondicional a la cual todo lo relativo a nosotros le va a gustar, apasionar, atraer, fascinar... y nos lo va a demostrar estando físicamente ahí, para nosotros. Poco de esta manera de posesión la unimos con el hecho de pensar que son personas autónomas, independientes, libres, emprendedoras, auto-motivadas y completas (sin nosotros)...

3. MATERIALMENTE:

De lo anterior no es difícil concluir que los hombres creemos que poseemos ciertos derechos, privilegios, permisos, libertades sobre ellas. Pensar que somos más, mejores y que hacemos mejor las cosas más importantes -en las que ellas se deben dedicar a apoyarnos-, nos hace pensar que merecemos más que ellas en todo lo que nos concierne, que suele ser lo laboral-social-político-cultural y económicamente valorado y remunerado. De aquí surge un gran desequilibrio relacional donde el ámbito del poder y la supremacía masculina campa a sus anchas y mantiene a la mujer lejos de los beneficios económicos, políticos, laborales, sociales... que le corresponden y que se dirigen sistemáticamente al colectivo masculino.

Este conglomerado de ideas erróneas nos llega por medio de la educación que recibimos como parte de la socialización masculina que hemos padecido la mayoría de los chicos en nuestro proceso de "hacernos" hombres. Los roles sexistas que interiorizamos son la argamasa que mantienen estas ideas fijas en nuestra mente y nos lleva a desarrollar una bastante precaria idea de lo que las mujeres pueden ser como personas.

Pero aparte de estas maneras opresivas de vivenciar a las mujeres, nuestra masculinidad violenta genera unos resultados directos sobre sus vidas que se traducen en acontecimientos sumamente graves. El asesinato sería la cúpula de una serie de actos inhumanos que tienen que padecer debido a este estilo masculino de entendernos como hombres: malos tratos, vejaciones, palizas, violaciones, humillaciones, castigos, secuestros... Esto es, simplemente, inaceptable. No puede durar más. Necesitamos alternativas de cambio en nuestra manera de entender la hombría.

5. ALTERNATIVAS A LOS MODELOS MASCULINOS TRADICIONALES. UN POSIBLE PUNTO DE PARTIDA: LOS HOMBRES, POR NATURALEZA, NO SOMOS OPRESORES

No es parte de nuestra naturaleza el oprimir a otras personas, sino parte del proceso de desarrollo, adquisición y construcción y socialización de, primero, nuestra "hombría" y, luego, nuestra "masculinidad" (R.W.Connell 1997 Madrid.) Esto en absoluto disminuye, reduce o influye sobre nuestra completa responsabilidad para con nuestros actos. Somos responsables directos de los efectos de nuestros comportamientos en las demás personas y el medio ambiente. En este sentido es necesario hacer un trabajo organizado y sistemático -de las maneras que más adelante proponemos- para que deconstruyamos nuestra masculinidad y hombrías destructivas, abandonemos nuestro condicionamiento y tendencia a oprimir y podamos encaminarnos en nuevos senderos de igualdad, respeto y justicia.

Nos es completamente útil el diferenciar la responsabilidad de la culpabilidad. Si buscamos culpables no ayudamos a los hombres a que se organicen para deshacer su opresión, ni enfrentamos el meollo del problema ni lo encaminamos hacia soluciones efectivas ni duraderas.

A la hora de trabajar con hombres, encontramos aquí una diferencia a tomar en cuenta respecto a las mujeres. A ellas se las condiciona y entrena más hacia asumir la desigualdad y el maltrato que a ejecutarlo, y a los hombres se nos prepara más a ejecutar el maltrato que a acatarlo como parte importante de la construcción de nuestra hombría, lo cual acarrea tener que asumir esos duros roles, dentro de los cuales yo, personalmente, no he encontrado a ningún hombre verdaderamente feliz.

Por otro lado, en el concepto de hombría se nos incluye la característica masculina de la capacidad, derecho y deber de posesión, ya de lo material como de la propia mujer, como eje básico de autoestima y personalidad, y se nos ha impulsado a entender que defender esta posesión ante los otros con violencia se debe interpretar como algo legítimo, caballeresco, valiente, honorífico.

Creemos que de este erróneo concepto de masculinidad se deriva gran parte de la violencia de género que infecta nuestras sociedades. Cuando logramos romper esta ideología absurda podemos comenzar a negarnos a reproducir estos daños. Pero para ello es imprescindible entender claramente el verdadero origen de nuestra opresión y no desviarnos de la premisa de que ningún ser humano oprimiría a otro si antes no ha sido oprimido.

Esta separación de roles no tiene nada que ver con nuestro ser hombre o mujer, sino con la gestión de los beneficios que el sistema capitalista logra mediante la división sexual entre las personas y un reparto interesado de las relaciones de poder y de la capacidad de decidir, asignado a esta división y por medio de otras opresiones con los privilegios directamente asociados al género masculino.

En un principio puede resultar complejo entender esto del todo, ya que no solamente estamos impregnados-as de sexismo. Mucha confusión nos llega de la mano de otras opresiones: el clasismo, el racismo, el adultismo... cumplen su función en todo esto y empañan o complican la visión global de la opresión sexo-género, convirtiéndola en una maraña de opresiones simultáneas (Chafetz, 1988:5. Weeks, 1998:46, en Virginia Maquieia D'Ángelo; "Género, diferencia y desigualdad". Feminismos: debates teóricos contemporáneos; 2001).

Por ejemplo, un joven de veinte años, por ser hombre, se puede sentir más poderoso que una mujer de cuarenta, y en cambio, él mismo, ante un hombre de cuarenta años, por la opresión que la juventud padece por motivo de la edad, sentir lo contrario. Del mismo modo, si es un hombre de color se sentirá inferior a una mujer blanca. En cambio, si la mujer es de clase media puede

tender a someter a ese chico joven (inculto, inmaduro...) de clase trabajadora... En todos los casos encontraremos una persona que se siente más que la otra; ahí comienza la posibilidad de materializar la opresión. Mientras se dé un reparto de poderes que varía según la sociedad, la clase, la edad, la religión, la etnia, el status social... y que nos instale la falsa y nociva idea de que alguien es menos que alguien, la opresión prevalecerá.

La cuestión es que muy poca gente -casi nadie- puede elegir libremente gran cosa en estas sociedades basadas en la opresión. Para que los hombres se nieguen de lleno a aceptar su propia opresión y de inmediato dejen de oprimir a las mujeres -y eliminen el resto de injusticias- se ha de incidir en la estructura de la sociedad, en las estructuras sociales donde esas opresiones están enraizadas, institucionalizadas y legitimadas. Veamos qué es lo que se puede hacer para empezar.

5.1. ALGUNAS SOLUCIONES A LA VISTA: DECONSTRUCCIÓN DE LA MASCULINIDAD TRADICIONAL. OTRAS MASCULINIDADES POSIBLES

El efecto de los daños infligidos por la opresión no tiene por qué durar eternamente, por suerte; no tiene por qué quedarse en nosotros irremediamente. Esos daños tienen solución y también los prejuicios, actitudes, tendencias y falsas creencias que se nos han introducido mediante aquellos. Esto puede ocurrir con cualquier ser humano; aunque las huellas que la opresión hayan impuesto y dejado a una persona estén bien grabadas y a veces nos parezcan insuperables, tenemos el modo de mejorar e ir cambiando todo ello, romper la cadena del dañarnos y dejar de oprimirnos mutuamente y a quienes nos rodean. ¿Cómo? Digamos que conocemos dos maneras principales:

5.1.1. Invalidar la información y educación erróneas que nos han inculcado, junto con las actitudes derivadas de éstas y sus consecuencias. La gestión de los sentimientos.

5.1.2. Garantizar una información y educación adecuadas, las estructuras necesarias para ello, así como diseñar las políticas de liberación que nos guíen hacia el camino de la igualdad.

5.1.1. La capacidad de sanar los daños infligidos. La gestión de los sentimientos

Es importante entender que una adecuada gestión de los sentimientos -y no una mera castración de los mismos- va a marcar una gran diferencia a la hora de ayudar a construir personas, en nuestro caso, hombres, ahora y del futuro. La mayoría de lo que se nos ha contado sobre la represión de los sentimientos como preparación a una sociedad de competición y dureza es lo que ha condicionado a muchísimos hombres a tener problemas de todo tipo, al no saber qué hacer con sus sentimientos y haber entendido que la manera correcta de ser un adulto es no mostrarlos, aguantarlos y anularlos. Esto ha arruinado miles de vidas y relaciones.

En cuanto el daño (ya sea físico, verbal, emocional, psicológico...) es producido, la inteligencia humana necesita exactamente lo contrario de reprimirlo: hablar de ello, contarlo, expresarlo. El poder contar a alguien lo que te ha ocurrido y tomarlo en cuenta, darle la importancia y espacio adecuados y mostrar y expresar los sentimientos que en cualquier de esos sucesos se han vivido es lo que todo ser humano necesitaría y desearía hacer con el fin de mantener una salud mental -y física- adecuadas. Reprimir nuestros sentimientos significa negar y reprimir una parte tan nuestra como cualquier otra faceta de nuestra humanidad.

El hecho de contar lo que a uno le sucede ocurre naturalmente antes de que nadie haya sido condicionado a no sentir o expresar (en esto se basa el condicionamiento masculino). Incluso funciona con personas que ya han sido condicionadas a no expresar sus emociones y sentimientos, después de ofrecerle una adecuada educación sobre la gestión de los sentimientos.

Éste es, al parecer, el comportamiento innato de los seres humanos cuando somos dañados: atendernos mutuamente y permitir la expresión adecuada de dichas emociones en lugar de omitirlas o reprimirlas.

Por educación, sin embargo, todas y todos sufrimos una inmensa presión para que no expresemos estas emociones, pues se consideran síntomas de mala educación, pero somos los hombres los que más padecemos este fuerte condicionamiento. En el empeño en educarnos para ser verdaderos “hombres” lo primero que se nos niega es la capacidad de sentir. Como consecuencia, todos los perjuicios y prejuicios que recibimos a posteriori los asimilamos, aprendemos e interiorizamos a base de condicionamiento masculino:

- no llorar (“eres un flojo”, “gallina”, “¡mariquita!”...),
- no quejarnos (si no ha sido nada, levántate, ¡blandengue!...),
- no mostrar miedo o temblar (¡Compórtate como un hombre! ¡No seas cobarde!...), etc.

Si se permite el que estas emociones se exterioricen el comportamiento entre nosotros cambia radicalmente, somos capaces de tratarnos mejor tanto a nosotros mismos como al resto de la gente y de pensar bien de uno mismo y de las demás personas. Nos entendemos, apoyamos y acercamos.

El hecho natural de expresar nuestras emociones y sentimientos está mal visto porque por “herencia cultural” se ha prohibido o descalificado su uso. La única y simple razón para no hacer uso de él es el prejuicio que dicta que dicha expresión es siempre una acción negativa, malas maneras o costumbres, prueba de debilidad, motivo para ser una mal educada o un mal educado, o para manipular o chantajear... Las niñas y, sobre todo, los niños son ridiculizados cada vez que intentan hacer uso de este remedio y se les quitan las ganas de hacerlo de múltiples maneras:

- por medio del insulto (¡Mira! ¡Otra vez llorando! ¿No te da vergüenza?),
- por medio del chantaje (si lloras te quedarás sin tal o cual cosa -postre, juguete, televisión...- no te hablaré; te castigaré o te dejaré sin mi amor... no hagas que se enfade tu padre, o será peor...Se lo voy a contar a...),
- por medio de la violencia (pegando bofetadas... ahora tendrás razones para llorar de veras... ¡toma! ¡A ver si así te callas de una vez...!), etcétera.

Por poner un pequeño ejemplo de nuestra castración sentimental diremos que el llanto ha resultado ser un recurso efectivo reconocido a escala internacional por una gran parte del mundo de la psicología y diversas terapias como válido y necesario en el proceso de recuperarse de situaciones emocionales y/o disgustos fuertes; se castiga mucho más en el género masculino que en el femenino en la mayoría de culturas. Por ello los hombres resultamos más rígidos, negativos, duros y cerrados ante algunos temas en los que las mujeres son más flexibles, abiertas, positivas...

Es parte de nuestra responsabilidad como hombres intentar re-educarnos en la gestión correcta de los sentimientos, nuestra innata capacidad de sentir y permitir aflorar y funcionar desde la aceptación y no la represión, así como aplicarlo en cada uno de nosotros y de nuestros retoños, a fin de que tengamos una educación emocional saludable, adecuada y “engrasada”. Podríamos, así, llegar al resto desde el respeto, igualdad y amor y no temer a los ámbitos donde el mundo afectivo-sentimental nos asusta y huimos: ámbito doméstico, ámbito de cuidados, ámbito relacional afectivo...

Desde nuestra experiencia esta gestión adecuada de los sentimientos es el trabajo clave para deconstruir el núcleo duro de nuestra masculinidad (nuestro carácter de opresores, agresores, violentos, duros, prepotentes...) y recuperar nuestra humanidad completa, y, a su vez, lo que a los hombres más nos propulsa a rechazar roles de opresores y ejecutarlos. Es decir, es el hecho de poder estar en contacto con nuestro interior, con nuestro corazón, con nosotros mismos.

5.1.2. Garantizar información correcta y educación adecuada. Grupos de hombres y formación

¿Qué entendemos por información correcta?

Por un lado, la información que en las sociedades opresoras-explotadoras donde vivimos se nos ha ocultado, desvirtuado o tergiversado, de modo que seamos el tipo de personas que se necesita para el saqueo económico, y que hemos podido recuperar, en parte, por medio del interesante trabajo realizado en los grupos de hombres, sin olvidar la importante aportación del feminismo, en el sentido de visualizar lo invisible.

Creemos que es de vital importancia dar a conocer esta información en los grupos de hombres ya sean estos del estilo de desarrollo personal o de auto-conocimiento o de reflexión o de terapia o implicación social. Pensamos que es básico que conozcamos otra versión de los hechos, esta otra perspectiva sobre nuestra naturaleza y personalidad y comenzar a utilizarla en el día a día a fin de deconstruir nuestra hombría y masculinidades sexistas y opresivas, para que cada quien decida qué tipo de persona desea ser, fuera de los roles impuestos.

5.1.2.1. LO QUE SABEMOS EN REALIDAD SOBRE NOSOTROS, LOS HOMBRES

Las siguientes afirmaciones las basamos en las experiencias vividas en los grupos de hombres. Son ellos los que nos las han ratificado de una manera u otra. Como con todo lo anterior, no es necesario que estés de acuerdo; nos conformamos con exponer un punto de vista diferente al que ha regido hasta la actualidad y te ayude a hacer cualquier tipo de reflexión.

Nos gusta que todo vaya bien y que las cosas se hagan correctamente

Antes de que nos atrapara la opresión también los hombres éramos inteligentes, como cualquier ser humano, dispuestos a tratar con total respeto a cualquiera, amantes apasionados de un mundo íntegro y justo, personas a favor de una sociedad paritaria e imparcial. Estábamos dispuestos a trabajar convenientemente, para hacer cosas que mejoraran las vidas de todas y todos. Queríamos participar en y por un mundo mejor, comprometidos a compartir el mejor y más digno modo de vida -que los recursos y la información nos permiten- para todas y todos. Teníamos grandes y hermosos sueños.

Intentamos tan hábilmente como nos ha sido posible y con los escasos recursos que tenemos el evitar que las dificultades y obstáculos que padecemos salpiquen o impliquen a nadie más, aunque a menudo no parezca que esto es así. A medida que vamos recuperando las capacidades íntegras que la opresión nos invalidó, más nos acercamos a esa situación.

Nos ocupamos del resto de la gente

Antes de que nos obligaran nuestros roles a lo contrario, nos gustaba ocuparnos del resto de la gente, deseábamos ser atentos y sociables, como cualquier otro ser humano que no haya sido oprimido. Cuanto mejor conocemos y comprendemos a la gente, más la queremos. Creemos que la manera natural de relacionarlos entre las personas es de respeto y amor y eso es lo que deseamos. Queremos mujeres que estén contentas y orgullosas de ellas mismas y de sus modos de vida. Queremos niñas y niños que se nos permita cuidar; además, queremos dejarles que conozcan todas sus capacidades y potenciales y abran su propio nuevo camino, con la certeza que será bueno para todos y todas. Queremos hombres orgullosos de ser simple y llanamente personas, solidarias y comprometidas con la vida. También nos gusta que la demás gente se preocupe por nosotros y nos lo muestre. Al fin y al cabo, deseamos ser amados, amar y estar unidos a nuestros semejantes, sin más complicaciones. Y... ¿sexo? Cuando tenga sentido; no siempre.

Sentimos toda la variedad de sentimientos

Antes de que perdiéramos el acceso a nuestros sentimientos podíamos sentir todo el espectro de emociones, a pesar de que sea diferente en cada persona. Nuestra capacidad de sentir toda la variedad de sentimientos que existen y todo nuestro sistema nervioso siguen ahí, esperando volver a funcionar correctamente cuanto antes. La vida, sus seres y sus cosas nos emocionan, nos cautivan, nos maravillan y también nos entristecen y nos asustan o contrarían, como a cualquier otra persona; la cuestión es que hemos sido seriamente condicionados en el modo de gestionarlos. Ansiamos volver a recuperar toda la capacidad de sentir todas las emociones y poder expresarlas de modos inofensivos, respetuosos y constructivos y saber recoger los sentimientos de las demás personas de la misma manera.

Estamos empapados de vida

Amamos profundamente las cosas que son bellas, sea una muralla bien construida, sea una demostración matemática, sea un momento musical, sea un hermoso dibujo, una bella flor, una voz delicada, un poema amoroso, una mano suave, un gesto sensible. Queremos gozarnos, queremos jugar, queremos vivir fuertemente, queremos crear, queremos construir, queremos disfrutar. Y queremos hacer esto con todo el mundo, en armonía. Nos encantan los retos, porque superan nuestros límites y nos rompen barreras. Tenemos sueños, todos y cada uno de nosotros, y grandes ilusiones, y cumplirlas no es para nosotros un sueño, sino un objetivo. Estamos así de vivos y así deseamos vivir al resto de las personas y el resto de nuestras vidas. No nos gustan los límites irracionales para nadie, ni que nadie se los crea.

Tenemos mucho por lo que alegrarnos

A pesar de que el sistema opresor en el que vivimos nos ha obligado a hacer infinidad de disparates, podemos estar orgullosos de muchas cosas: hemos construido edificios que rozan el cielo, también hemos organizado la tierra que nos rodea y la hemos puesto a nuestro favor. Hemos inventado las herramientas que usamos para trabajar. Hemos creado puentes gigantescos sobre mares que separan dos tierras y a la vez hemos unido dos territorios por debajo del mar. Hemos desarrollado un sistema de cirugía que salva vidas, así como los aparatos necesarios para que dos personas en los confines opuestos del mundo se puedan comunicar. Hemos desarrollado el suficiente conocimiento como para evitar algunas catástrofes. Hemos logrado volar en el espacio, hemos conseguido crear vida en aquellos lugares donde sin nuestra intervención no perduraría... Hemos dejado nuestra huella en la tierra y esperamos que sea el mejor planeta que podamos habitar todas las personas. De verdad deseamos cuidarlo, protegerlo y repartir sus recursos justamente entre todos los seres humanos. Esto nos hará felices de verdad.

Cada uno de nosotros es único, irrepetible e invaluable

Nuestras sonrisas, lágrimas, risas, canciones, nuestro amor y nuestros sueños son la belleza que le regalamos al mundo. Nuestra misma presencia es importante para el mundo, de un modo que aún no podemos comprender. Influimos en las vidas de los y las que nos rodean, no sólo mediante nuestros actos, sino también mediante nuestro buen ánimo y voluntad. Cada vida es insustituible y algo sagrado que nunca se volverá a repetir. Cada persona es alguien que merece ser estimada, amada y respetada y estamos comprometidos con ello. Anhelamos festejar la existencia de cada criatura de este planeta y perpetuar su vida de la manera más justa y adecuada posible.

Somos muy diferentes, y, al mismo tiempo, muy parecidos

Somos de todos los tamaños, de colores diversos, tenemos todas las edades, hablamos en miles de idiomas y tenemos gustos muy distintos. Y absolutamente todos somos humanos, humanos completos, cada uno en esa manera especial suya de ser, sin tener que cumplir nada de antemano.

Y, del mismo modo, podemos ser tan diferentes como queramos. Podemos ser tan duros trabajadores o relajados jubilados como queramos. O tan dulces y delicados como queramos ser. O tan valientes e inspiradores como deseemos. Podemos ser el tipo de hombre que queramos y tan buenos como podamos. No tenemos límites. Todos tenemos un gran corazón donde querríamos guardar a todas las personas que hemos conocido, sean como sean. Coincidimos en que no nos gustaría tener que emplear ninguna de nuestras características para dañar a nadie.

De ahora en adelante podemos elegir el modo de vida que deseemos

Sea como fuere lo que hemos hecho hasta ahora, diga lo que nos diga la sociedad, digan lo que digan sobre nosotros quienes han interiorizado la opresión, podemos elegir nuestro camino, siempre. Nuestros roles y sus estructuras defensoras pueden obstruir nuestro camino, pero no pueden quitarnos el poder de elegir, el poder de decidir nuestro camino. Para poder lograr el modo de vida que deseamos, tendremos que superar obstáculos y trabajar juntos unos para otros, sí, pero el elegir nuestro modo de vida es cosa nuestra, de nadie más. Y, a decir verdad, es más triste no intentarlo que errar en el intento. Depende de nosotros y de nuestro esfuerzo conjunto el que nos lancemos a la búsqueda de todos estos nuestros sueños y el apoyarnos mutuamente para que se cumplan. Pero es algo innegable: el poder de decidir cómo queremos las cosas es, simplemente, nuestro. Nos encantaría poder decidir todo esto junto con las mujeres -así nos convendría si es que queremos tener una perspectiva completa del mundo-.

Es más asequible de lo que parece

Está en nuestras manos el crear vida nueva y digna allí donde solemos estar con la gente que queremos; está en nuestras manos no hacer caso de la medida opresora del tiempo y hacer las cosas que nos recuerdan la belleza de estar vivos, aunque nuestros roles digan lo contrario. Está en nuestras manos elegir y crear trabajos que nos permitan descansar y estar con quienes amamos en lugar de optar por trabajos que nos marchitan. Está en nuestras manos cuidar de nuestras hijas e hijos con el debido cuidado u optar por no tener descendencia y seguir siendo hombres completos. Está en nuestras manos elegir nuestras metas y dedicarnos tenazmente a cumplirlas, sin dañar a nadie en el camino. Está en nuestras manos cuidarnos y tener vidas más largas, más ricas, más sanas, más felices y compartirlas plenamente con las personas que más amamos... Está en nuestras manos vivir rodeados de quienes amamos y de amistades íntimas, así como elegir a quién vamos a situar en el mismo centro de nuestro corazón (un hombre, dos... una mujer, dos... amistades, hijas e hijos, familiares...). Nos corresponde vivir en el mismo centro de la plenitud, como a todas las personas, sin privar a nadie de lo que legítimamente le corresponde.

Organización masculina + femenina

Y queremos hacer todo esto con las mujeres. Creemos que son personas completamente inteligentes y diestras en todos los campos, completamente dignas, valientes, capaces, poderosas y solidarias con toda causa humana y nos encantaría poder trabajar en esto, codo a codo, con ellas.

Para que esto ocurra necesitamos organizarnos, principalmente y para comenzar, en dos frentes:

-Los hombres necesitamos organizarnos entre nosotros para abandonar los roles sexistas y reponernos de los perjuicios que estos nos han ocasionado, y

-Los hombres necesitamos organizarnos con las mujeres para anular el sistema opresivo de género y sexismo.

Consideramos muy importante el hecho de apoyar el liderazgo femenino, a la vez que creamos más liderazgo masculino en estas nuestras líneas de acción, para que entre todos y todas no

volvamos a transmitir más daño, ni hombres ni mujeres, ni padres ni madres, ni maestros ni maestras, ni amigas ni amigos, ni políticos-as... a nadie.

5.1.2.2. LO QUE SABEMOS EN REALIDAD SOBRE LA MASCULINIDAD

Según hemos visto en el apartado anterior, el sexismo se construye sobre la base de una desigualdad biológica entre los sexos, esto es, como si todas las personas que se amontonan en los dos únicos géneros posibles, femenino y masculino, en este sistema social donde vivimos fueran parecidas entre sí o debieran serlo, y todas las que quedan fuera de estos cánones fueran errores. La masculinidad hegemónica se crea como un conjunto de características, cualidades y actitudes correspondientes a esas características para legitimar esa desigualdad -y todo el enorme beneficio que el sistema extrae de dicha situación-, imponiendo las características y actitudes que debe desarrollar y cumplir el hombre; justamente las características que dictan los roles creados para mantener a las mujeres oprimidas.

Nosotros no aceptamos esa diferencia cualitativa de género que divide a las personas, y menos cuando se usa para por medio de ella clasificar a la gente, esto es, para imponer jerarquías y etiquetajes que no tienen ninguna base racional, pero que van a ocasionar divisiones, separaciones, enfrentamientos e injusticias.

Rechazamos cualquier metodología que haga uso de la desigualdad (la cual es casi cien veces menor que los parecidos entre "los dos sexos") para marcar la diferencia o el contraste y alejarnos, jerarquizarnos o enfrentarnos. Por tanto, las masculinidades, en esa forma y función no tienen, a nuestro entender, ningún sentido; solamente favorecen el perpetuar el sexismo, mantener a los dos géneros divididos y enfrentados.

Los modelos masculino y femenino que en este contexto nos venden las sociedades no nos sirven. Así como no hay modelo para ser persona -cada cual es el mejor modelo para ser uno mismo o una misma-, no creemos que exista un modo estándar para ser hombre, ni que debiera de haberlo. Cada cual es -sea mujer u hombre- el único e irrepetible modelo suyo de ser mujer, de ser hombre, a fin de cuentas, de ser persona.

Fuera de este sistema, ¿tendría sentido algún otro tipo de masculinidad? Por el momento no vemos ni razonable ni necesaria esa tendencia a separar a los hombres de las mujeres en áreas que no sean estrictamente biológicas -por supuesto, con objetivos biológicos dignos-. Hasta ahora ha sido utilizada para poner a un sexo por encima del otro. Esto no puede continuar así.

En una hipotética situación sin opresiones, ¿será necesaria la masculinidad? No lo creemos. Lo más importante y fundamental sería ser persona, sujeto de todos los derechos. Ser hombre o mujer resultaría un simple hecho, una particularidad semejante a ser rubio o morena; de ninguna manera sería la base para repartir derechos, condiciones, beneficios, perjuicios....

Existe un modo mejor de hacer las cosas. Estamos convencidos.

6. ALGUNOS POSIBLES POSICIONAMIENTOS FUERA DE LAS MASCULINIDADES TRADICIONALES: ¿DESDE LA VIOLENCIA O DESDE EL AMOR? SOLUCION DE CONFLICTOS

Pasemos a analizar, seguidamente, cual es la opción que nos brinda el deconstruirnos de toda esta maraña de condicionamiento masculino.

¿DÓNDE TE COLOCO? ¿FRENTE A MÍ O A MI LADO?

Esta sería la pregunta que refleja el posicionamiento de muchos hombres en la vida, sobre todo de aquellos que hemos nacido y crecido bajo el mandato hegemónico patriarcal. Tras atravesar lo que hemos visto hasta ahora en las relaciones, los hombres nos solemos vivenciar mutuamente desde esta cuestión:

¿Dónde te sitúas/sitúo, en frente de mí o a mi lado? Es decir:

1) ¿Te veo, percibo siento como un hombre, desde mis conceptos patriarcales sexistas, al que hacer frente, vigilar, estar atento y defenderme o tal vez competir y atacarte; diferente de mí... incluso pudiendo convertirme/te en una amenaza, temor, riesgo desconfianza, envidia, odio...etc.?

Por lo tanto me fijo en nuestras diferencias, lo distinto, lo que tú tienes y yo carezco o en lo que te/me aventajo/as y te/me dejo/dejas atrás o pequeño, en lo que te/me supero/as, o ...te/me mido/es, te/me desvalorizo/zas, te/me ignoro/as, te/me rechazo/as, te/me abandono/nas, te/me olvido/das, te/me borro/as, te/me piso/as, te/me ridiculizo/as... y, por consiguiente, te temo, no te puedo amar, me temes, no dejo que me ames/no dejas que te ame.

O, por el contrario, y desde un punto de vista fuera de lo hegemónico jerárquico,

2) ¿Te coloco a mi lado, codo a codo, como aliado, compañero, confiado, amigo, con quien puedo, contar, relajarme, confiar, respirar, descansar, compartir, jugar, soñar... sin riesgo a que me/te ataques o critiques, sin temor a mis miedos ni a los tuyos, sin criticarte ni medirme, sin vigilarte ni sospecharte, sin medirme ni reprimirte, aceptándote y valorándote, animándote y creyendo en ti, y, por lo tanto...

Fijándome en lo que nos une y acerca, en lo que nos hace semejantes y cercanos, compañeros y humanos, y por consiguiente, te amo y te permito amarme, me permites amarte.

La primera manera de estar es la que en estas sociedades capitalista desarrollamos. Entre los hombres se genera la distancia necesaria para que no nos amemos y para que vivamos en esta especie de capa de aislamiento y ansiedad tensa para con los demás. Es un estado en el que se nos puede impulsar fácilmente a consumir todo aquello material que nos muestran (bebidas, coches, colonias...) como posibles calmantes de dicha ansiedad o tensión o como posibles accesos a la felicidad que no vamos a conseguir en este estado de separación con los otros. Pero nada de lo material nos va a devolver la cercanía emocional, espiritual y física que necesitamos. El amor nos va a traer esa cercanía, y viceversa, ya que para amar hay que situarse cerca. El resto es un estado de alerta o "pre guerrilla" urbana relacional donde el desconocido se vivencia como enemigo, no amigo. Es el caldo de cultivo de la violencia.

Es la segunda manera de estar la que nos va a devolver el sentido de existir en esta vida, el sentido de estar y notar que tienes un sitio entre tu gente, en este planeta y, por supuesto, un quehacer o regalo: ser tú mismo amando y dejando amar. Esto parece ser lo más pleno e íntegro que podemos ser. Puede llenar ese vacío de identidad de personalidad, emocional, espiritual, esencial... que muchos hombres sienten a cierta edad.

No creo que esta segunda opción deje resquicios para la violencia de ningún tipo, ni de género ni de clase, ni política ni personal. Es la que más necesitamos ensayar, trabajar y practicar cada minuto de nuestro tiempo, hasta convertirla en costumbre, al menos tan firme como la primera, hasta que esta última sea desplazada por la segunda.

No es exactamente lo que se nos vende desde el ritmo capitalista de vida: hazlo tu sólo, rápido, no dependas de nadie, se independiente, fuerte, autónomo, masculino... Pero es exactamente lo que más nos hace falta: dosis de amor en todas las direcciones posibles.

Es momento que decidamos entre una u otra opción. O nos humanizamos o somos los hombres de siempre.

7. NO HEMOS HECHO DEMASIADO HINCAPIÉ EN LO QUE LOS HOMBRES TENEMOS POR GANAR

Simplemente, el hecho de poder dejar de lado y perder unos cuantos roles que se espera tengamos que cumplir, ya va a ser ganar. Hasta ahora hemos vivido cargados de responsabilidades públicas, materiales, políticas, sociales, económicas... y atareados en muchos aspectos de la vida exterior al hogar. Ahora, al poder compartir o dejar de lado algunas de estas responsabilidades, vamos a poder implicarnos en otras distintas. Unos sencillos ejemplos:

- Vamos a poder mantener un contacto y una relación más continua con las personas que nos importan y queremos -hijas e hijos, personas adultas de la familia...- a niveles afectivos diferentes, más relajados, más conectados, más envueltos en sus vidas.

- Vamos a poder participar más directamente en su cuidado y educación, lo cual es en sí una hermosa aventura.

- Más tiempo para dedicar a nuestra vida, a nuestras parejas, a nuestros padres y madres, amistades cercanas... y captar toda la humanidad que encierran estas interacciones con las personas que amas y te aman; menos tiempo a los trabajos asalariados que nos llevan a competir, luchar, estresarnos, cansarnos, irritarnos, tratarnos mal, pisar... y que nos llevan a desarrollar enfermedades que van a acabar con nuestras vidas.

- Mayor oportunidad y tiempo de implicarnos a favor de causas justas en tareas de ámbito local y mayor ocasión de hacer relaciones en nuestra vecindad, barrio o comunidad, pueblo... sin mirar tanto al aspecto global de la vida: gestión del ocio y la cultura para todas y todos, vivienda y estudios para todas y todos, cuidado del medio ambiente y del reciclado, propuestas saludables y viables para las personas de la tercera de edad de nuestra comunidad, celebraciones y fiestas incluyentes y solidarias...

- Tener más tiempo para implicarnos a favor de la gente enferma o inmigrante y de la gente pequeña, para que vayamos sabiendo lo que es el cuidado, con sus dificultades y su lado positivo; trabajar por una salud pública digna y una gestión terapéutica, socializante, humanizada y ecológica de los recursos sociales y sus asociaciones que existen en nuestras vecindades...

- Tener más ocasión y espacio para desarrollar el respeto, la estima, la igualdad, la cercanía... en las relaciones del día a día, así como poder dedicar más tiempo a disfrutar de ellas.

- Por otro lado, seguramente, perderemos gran parte de esos beneficios materiales que teníamos antes si es que vamos a avanzar hacia una situación de paridad. Esto no tiene vuelta de hoja. Es justo, es correcto; beneficios para todos y todas por igual. Es también interesante observar que el hueco que dejen esos privilegios y los roles que nos llevan a conseguirlos lo llenarán beneficios de otro tipo, que tienen que ver con mejores niveles de humanidad y calidad de vida. Esto es, tenemos por ganar ventajas que no se basan en el materialismo ni en la competición, sino en la humanidad; por algo somos seres humanos. Menos materialismo y más humanismo.

Esto implicará que dejemos a un lado la masculinidad hegemónica que tan alto riesgo acarrea. Podríamos librarnos de ese rol “masculino-todopoderoso” que nos coloca en situaciones absurdas y violentas de inmensas pérdidas humanas, ecológicas, que nos guía a los hombres al fracaso en ámbitos tan importantes como el relacional, escolar, de salud... que nos ata y comprime en una escala loca de presión por todos los poros para trabajar y ganar más y más, comprar más, vender más, más caro, más rápido, más bueno, más competitivo, más actualizado, más moderno, más famoso, más rico, más guai, más... distanciado del ser humano que en realidad somos y está deseando aflorar cada minuto mientras lo ahogamos entre tanto rol. Unos pocos ejemplos:

- Dejar a un lado el tener que cargar sobre nuestras espaldas con la responsabilidad de todo lo que ocurre provenientes de los roles que asumimos los hombres: conflictos a nivel internacional, nacional, conflictos sociales, personales; injusticias y desastres en cualquier ámbito...

- Aceptar que no sabemos dar solución a todas estas cosas, relajarnos, retirarnos y permitir que otras personas a quienes no se ha tenido aún en cuenta -mujeres, gente joven...- puedan pensar sobre ellas y tratar de darles soluciones diferentes y nuevas, puede beneficiarnos a todas y a todos.

- No tener que cumplir por más tiempo, ni nosotros ni nadie más, con los peligrosos, difíciles o sucios trabajos que nuestros roles nos imponen: soldado, torturador, torero, militar, boxeador, mercenario, verdugo, espía... y otros que no son aparentemente tan peligrosos pero que cuestan la vida todos los años a cientos de trabajadores: construcción, transporte, industria de diamantes y minería, objetos preciados, bélicas... etc. Tal vez, con un replanteamiento no “hegemónico-masculino” podríamos darnos cuenta de que hay otras muchas más maneras de organizar el trabajo, la sociedad, la vida... sin que tengamos que correr los riesgos laborales, políticos (urbanísticos, de tráfico, de salud...) que hoy en día todas y todos corremos.

Creemos que ante el cambio que debemos hacer, el hecho de que los hombres conozcamos estas cosas nos asustará menos que no conocerlas y, por lo tanto, nos animará a ahondar en este camino de derrocar el sexismo, y por ende, de buscar la igualdad. Confío en que llegaremos a entender todos y todas que el sistema de opresión sexo-género no beneficia a nadie, ni si quiera a los propios hombres, por muchos “beneficios” que saquen de él. Una vez en este punto, el trabajo por la eliminación del sexismo y por una sociedad justa para todas y todos estará bastante encaminado.